

Dra ANA LIA Cadijani

2016

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

PROYECTO DE INVESTIGACIÓN DE PREGRADO

Requisito curricular del Plan de Estudios 2010 O.C.S. 143/89

Alumnos: Gimeno, Rodrigo.

MAT. 8731.

D.N.I: 33.646.952

Muchnik, Juan Ignacio.

Matrícula: 8789.

D.N.I: 34.552.444

Verni, Nicolás.

Matrícula: 8979.

D.N.I: 35.793.196

Supervisor: Lic. Cosimi, Alfredo.

Cátedra de radicación: Introducción a la teoría psicoanalítica.

Título del proyecto: La sublimación en la obra de Sigmund Freud.

Fecha de presentación: 16/02/2016.



N° CLASIFICACION:	ADQUISICION:
f-13 6	base
	N° INVENTARIO:
	R-01448



Este informe final corresponde al requisito curricular de investigación y como tal es propiedad exclusiva de los alumnos Gimeno, Rodrigo (Mat.8731); Muchnik, Juan Ignacio Mat. 8789); Verni, Nicolás (Mat. 8979) de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en un todo o en sus partes o resumirse sin el previo consentimiento escrito de los autores.



INFORME DEL SUPERVISOR.

Me interesa destacar el rigor y el interés que los autores de este Trabajo de Investigación han demostrado a lo largo de los varios años que demandó el mismo. Esa concentración en el estudio de los textos freudianos les permitió elaborar una tesis de una novedad, al menos hasta lo que llevo estudiado del tema, que es de destacar. Quizá una investigación más amplia de lo publicado sobre la sublimación refute esta impresión de originalidad pero, es seguro, no desmentirá la excelente elaboración llevada a cabo por estudiantes que recién inician sus estudios de la obra psicoanalítica.

A handwritten signature in black ink, consisting of a vertical line with a loop and a horizontal stroke at the bottom.

Licenciado Alfredo S. Cosimi

Febrero de 2016.



Atento al cumplimiento de los requisitos prescriptos en las normas vigentes, en el día de la fecha se procede a dar aprobación al trabajo de investigación presentado por Gimeno, Rodrigo (Mat. 8731/09); Muchnik, Juan Ignacio Mat. (8789/09); Verni, Nicolás; (Mat. 8979/09).

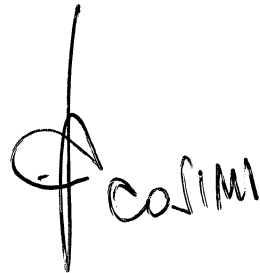
Firma y aclaración de los miembros integrantes de la comisión asesora.

Fecha de aprobación:





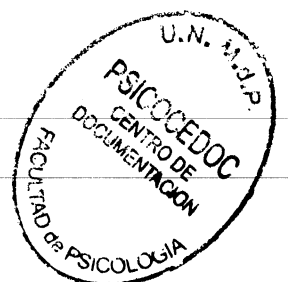
El que suscribe manifiesta que el presente informe final ha sido elaborado por los alumnos Gimeno, Rodrigo (Mat. 8731/09); Muchnik, Juan Ignacio Mat. (8789/09); Verni, Nicolás; (Mat. 8979/09) conforme los objetivos y el plan de trabajo oportunamente pautado, aprobando en consecuencia la totalidad de sus contenidos a los.....días del mes de.....del año 2016.

A handwritten signature in black ink, consisting of a stylized initial 'F' followed by the name 'Colim' in a cursive script.

Firma y aclaración del supervisor



Plan de trabajo de la Investigación de Pregrado.





UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Plan de Trabajo para la realización de la Investigación de Pregrado

Alumnos:

Gimeno, Rodrigo
Matrícula: 8731

Muchnik, Juan Ignacio
Matrícula: 8789

Verni, Nicolás
Matrícula: 8979

Supervisor:

Lic. Alfredo Cosimi

Título: La Sublimación en la Obra de Sigmund Freud



PLAN DE TRABAJO

IDENTIFICACIÓN Y RESUMEN

a) Denominación

La Sublimación en la Obra de Sigmund Freud

b) Descripción resumida

En nuestro afán por comprender los mecanismos psíquicos implicados en el proceso creativo, dirigimos este proyecto hacia el estudio del concepto freudiano de sublimación.

La lectura de textos como *Dostovieski y el parricidio* o *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* fueron nuestro primer encuentro con la cuestión. Como el tema no es desarrollado ampliamente durante la cursada de grado nos pareció importante realizar este trabajo.

Repasando textos que van desde el origen de la teoría psicoanalítica hasta los últimos escritos de Sigmund Freud, nos encontramos con que, por lo menos en este pensador, el concepto de sublimación se encuentra bastante disperso y nunca concentrado en un solo artículo. De esta forma, nuestro proyecto intentará dar una clasificación al término y una suerte de interpretación en forma de hipótesis. Asimismo, se estudiarán algunas lecturas de la sublimación freudiana desarrolladas por autores posteriores.

c) Palabras Claves:

Sigmund Freud
Psicoanálisis
Sublimación
Arte
Cultura

d) Duración:

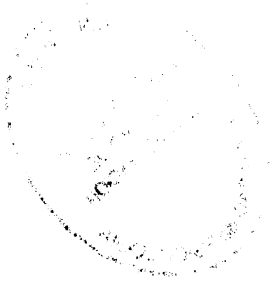
El proyecto se desarrollará a lo largo de un año (doce meses).

Descripción detallada.

a) Denominación

La Sublimación en la obra de Sigmund Freud.

b) Definición del problema y estado de la cuestión.



El término *sublimación* aparece temprano en la obra de Sigmund Freud (carta 61 a Fliess, 1896) y, con más o menos elaboración, reaparece hasta sus últimos días.

El comentario que realiza James Strachey, al inicio de *Trabajos sobre Metapsicología* (Freud, 1915: 101), nos da la pista sobre la ausencia de un ensayo dedicado exclusivamente a la sublimación. En el trabajo citado, Freud busca otorgarle solidez teórica al psicoanálisis bajo la exposición sistemática de sus teorías. El resultado final fueron los cinco artículos que componen *Trabajos sobre Metapsicología*. Lo que agrega Strachey, que rescata de Ernest Jones, es que originalmente iban a ser doce los artículos pero el contexto histórico (apogeo de la Primera Guerra Mundial) interrumpió su publicación. Strachey intuye que, o bien nunca fueron escritos, o fueron destruidos. Entre estos manuscritos, casi seguramente se encontraba la sublimación como tema principal. De ahí que, en la obra de Freud, solo encontremos "*alusiones dispersas y relativamente magras*" (Freud, 1915: 103) sobre el tema. Y, a su vez, éste será el fundamento que guíe nuestro trabajo.

Aún dentro de su pensamiento notamos distintas acepciones. Todas ellas tienen en común la siguiente idea, a saber, la sublimación implica la desexualización de pulsiones parciales, su cambio de meta por otras no sexuales. Las diferencias comienzan al momento de distinguir las características de este proceso: entendido este como defensa yoica o bien como propia de la dinámica pulsional.

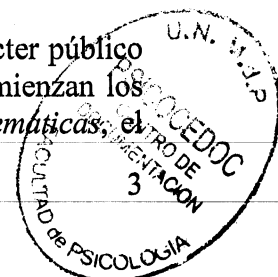
Originalmente, la sublimación fue concebida como un destino de pulsión que permitía eludir tanto la satisfacción directa como la represión. Su energía provenía de las mociones pulsionales perversas. Esto último fue sostenido a lo largo de toda su obra.

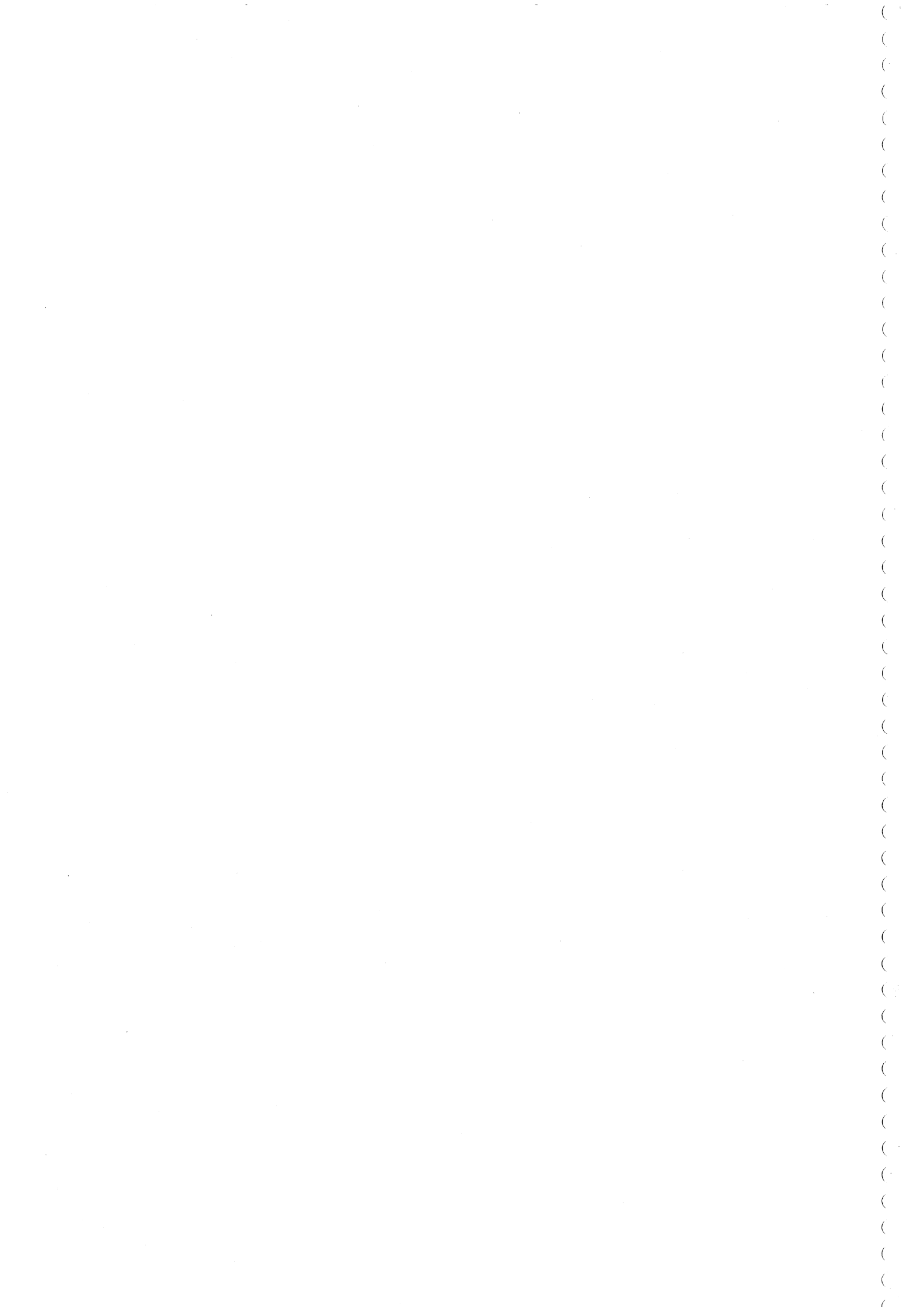
Veremos que, mientras progresa la conceptualización freudiana, la sublimación será pensada como eslabón necesario de instituciones y sentimientos tan diversos como la religión, la amistad y camaradería, la ternura, el pensamiento científico y la creación artística. De ahí que la sublimación pase a tener un rol central en la consolidación tanto cultural como social de las distintas poblaciones del mundo.

Existen otros virajes teóricos más ligados a la descripción metapsicológica que atravesarán el concepto: cerca del segundo decenio del siglo XX, Freud advertirá que no sólo hay una transformación de la meta pulsional sino que también habrá un cambio de vía del objeto. El concepto de narcisismo (1914) nos acerca el vínculo que subyace entre el Yo y la sublimación y, a partir de *Más allá del Principio de Placer* (1920), Freud se encargará de correlacionar este proceso con su nueva teorización de pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

R.H Karothly en su trabajo "*Contexto en psicoanálisis VII: la Sublimación*" compila diversas perspectivas que intentan echar luz a la cuestión. Desde el rastreo del concepto de sublimación hasta la problemática que versa en el privilegio del producto sublimatorio por sobre el proceso *per se*, los distintos autores que realizan sus aportes en el mencionado texto, brindan una interpretación propia y esclarecedora.

En la década de los setenta, Jean Laplanche expone enseñanzas de carácter público sobre diversas temáticas de la obra freudiana. El 4 de noviembre de 1975 comienzan los seminarios que retrospectivamente unirá en el tomo número III de sus *Problemáticas*; el





cual se referirá enteramente a la sublimación, desde los primeros esbozos freudianos hasta la muerte de Freud en 1939. El trabajo que realizaremos será, en cierto sentido, paralelo al que supo realizar Laplanche y tendremos en cuenta sus conclusiones al momento de sacar las nuestras.

c) Objetivos generales

c.1. Desarrollar el concepto de sublimación a partir de la obra de Sigmund Freud.

d) Objetivos particulares.

d.1. Estudiar la relación entre sublimación y metapsicología.

d.2. Analizar la importancia del narcisismo en la reformulación de la teoría de la sublimación.

d.3. Describir el aspecto sublimatorio hallado en el fenómeno de la transferencia.

d.4. Explorar la alianza entre sublimación, sociedad y cultura.

e) Métodos y técnicas a emplear.

e.1. Método

El proyecto se llevará a cabo a partir de la metodología del rastreo genealógico¹ conceptual.

Nos centraremos en los registros escritos y accesibles de S. Freud (artículos, cartas, conferencias y otras publicaciones). En lo concerniente al muestreo, el mismo se realizó a partir del asesoramiento del director.

La categoría de análisis es la sublimación. La misma se relacionará con diferentes componentes del sistema teórico freudiano explicitados en los objetivos particulares.

e.2. Técnicas

- i. Lectura y discusión de textos.
- ii. Rastreo conceptual.
- iii. Reuniones con informante calificado (director).
- iv. Análisis de la problemática.
- v. Articulación conceptual.

¹ El término alude a la propuesta metodológica impulsada por M. Foucault en sus diversos estudios de la locura, la sexualidad, las instituciones de encierro, entre otros. Es acuñado previamente por F. Nietzsche en su obra "La genealogía de la moral" y utilizado entonces por M. Foucault en dicha modalidad metodológica.

Aquí se lo utilizará haciendo hincapié en el refinamiento y modificaciones conceptuales más que en las condiciones sociohistóricas que incidieron en la gestación del conocimiento.

f. Fuentes.

Consultamos los textos escritos por Sigmund Freud, los cuales varían entre cartas, conferencias y publicaciones. Además nos referiremos a autores post freudianos que se han concentrado en la investigación sobre el tema.

Los documentos seleccionados serán descriptos en la sección de Bibliografía Utilizada.

g. Probable aporte de los resultados.

Nuestros resultados podrán ser presentados ante diversos grupos de investigación de la Facultad de Psicología de la UNMDP que se concentren en el estudio del psicoanálisis. Las conclusiones extraídas también podrán utilizarse en cátedras como "Introducción a la teoría Psicoanalítica" como aporte bibliográfico para el aprendizaje de la temática.

Mención aparte merecen las hipótesis a las que arribemos, que de ser válidas, podrán ser utilizadas por diversas personas que se encuentren interesadas en el estudio de la sublimación freudiana.

h. Impacto de los resultados.

Impacto científico: esclarece conceptualmente las distintas definiciones de sublimación que deja la obra de Sigmund Freud para, eventualmente, motivar futuras investigaciones.

Transferencia del conocimiento: nuestras conclusiones parten del psicoanálisis y pueden ser utilizadas en ámbitos tan diversos como la psicología educacional y la crítica artística.

i. Cronograma de actividades.

Para diagramar el cronograma, dividimos el año en bimestres.

Actividad / Bimestre	1	2	3	4	5	6
Recopilación de material bibliográfico	X					
Lectura y análisis de bibliografía		X	X			
Elaboración de producción escrita			X	X	X	X
Revisión y conclusiones					X	X

Bibliografía.

Freud, S. (1905): Volumen VII: *Tres ensayos de Teoría Sexual. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.



- Freud, S. (1910): Volumen XI: *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1910): Volumen XI: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1910): Volumen XII: *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912): Volumen XII: *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912): Volumen XII: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912): Volumen XII: *Contribuciones para un debate sobre el onanismo. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1913): Volumen XII: *La predisposición a la neurosis obsesiva. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1913): Volumen XII: *El interés por el psicoanálisis. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1914): Volumen XIV: *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1914): Volumen XIV: *Introducción al narcisismo. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915): Volumen XIV: *Trabajos en metapsicología. Obras completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915): Volumen XIV: *Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915-7 {1916-7}): 22 conferencia: *Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915-7 {1916-7}): Volumen XVI: 23 conferencia: *Los caminos de formación de síntoma. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915-7 {1916-7}): Volumen XVI: 28 conferencia: *La terapia analítica. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1917): Volumen XVII: *De la historia de una neurosis infantil. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1919): Volumen XVII: *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1920): Volumen XVIII: *Más allá del principio de Placer. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1921): Volumen XVIII: *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1922 {1921}): Volumen XVIII: *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.



- Freud, S. (1923 [1922]): Volumen XVIII: *Dos artículos de enciclopedia: <Psicoanálisis> y <Teoría de la libido>*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1923): Volumen XIX: *El Yo y el Ello*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1926 [1925]): Volumen XX: *Inhibición, síntoma y angustia*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1930 [1929]): Volumen XXI: *El malestar en la cultura*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1933 [1932]): Volumen XXII: 32 conferencia: *Angustia y vida pulsional*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1933 [1932]): Volumen XXII: 33 conferencia: *La feminidad*. *Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.

Bibliografía complementaria

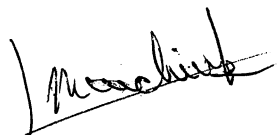
- Foucault, Michel: *Historia de la Sexualidad*. Volumen 1. Ed. Siglo Veintiuno, 2002.
- Karthy, Rolando: *Contexto en Psicoanálisis VII: la Sublimación*. Ed. Lazos, 2006.
- Laplanche J. & Pontalis JB (1967): *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires. Ed. Paidós, 1996.
- Laplanche J.: *Problemáticas III: La sublimación*. Buenos Aires. Ed. Amorrortu, 2002.
- Nietzsche, Friedrich: *La genealogía de la moral*. Ed. Alianza Editorial. Madrid, 1996.




COSEM PROFIT.

Firma del Supervisor

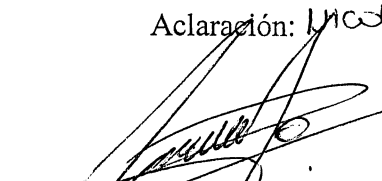
Aclaración:


Firma Alumno

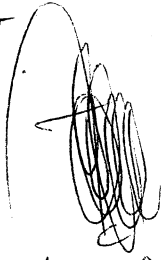
Aclaración: Juan Ignacio Machnik


Firma Alumno

Aclaración: Lucas Verón


Firma Alumno

Aclaración: Rodrigo Jimenez

 Lic. E. R. Sattler

P/Área de investigación:

Resultado de la Evaluación:

Aprubado

Fecha: 5/5/2015



**“La Sublimación en la
Obra de Sigmund Freud”**





Índice General.

❖	Introducción.....	1
❖	Capítulo I: Sublimación: sus relaciones con la pulsión y la represión	
•	Sobre la pulsión: La sublimación como cambio de meta y objeto.....	2
•	Cambio de meta y satisfacción.....	2
•	Dos sublimaciones.....	5
•	Un nuevo apuntalamiento.....	6
•	Pulsión de meta inhibida.....	7
•	El cambio de objeto.....	8
•	Nueva definición: la sublimación como mezcla entre pulsión de vida y pulsión de muerte.....	9
•	Sobre la represión.....	11
•	Sublimación y síntoma página	13
•	Conclusiones.....	14
❖	Capítulo 2: Narcisismo, Ideal del yo, Superyó y Sublimación	
•	El yo y la sublimación.....	17
•	Sublimación e ideal del yo.....	19
•	El ideal del yo, la paranoia y el desasimiento de las sublimaciones.....	22
•	Sublimación y superyó.....	24
•	Sublimación: Pulsión de perfeccionamiento.....	27
•	Conclusiones.....	28



❖ Capítulo III Sublimación y perversión.....	30
• Conclusiones.....	34
❖ Capítulo IV: Sublimación y carácter	
• Sobre la constitución del carácter.....	35
• Tipos libidinales y la sublimación.....	36
• El origen de la sublimación.....	37
• Conclusiones.....	38
❖ Capítulo V: Sublimación y transferencia.....	41
• Conclusiones.....	42
❖ Capítulo VI: Arte, Educación, Cultura, Sociedad, Religión	
• Sublimación y Arte.....	43
• Sublimación Educación.....	46
• Sociedad y Cultura.....	48
• Sobre la renuncia pulsional del Lazo social.....	51
• Religión.....	52
• Conclusiones.....	55
❖ Capítulo VII: Otros autores psicoanalíticos	
• Contextos en psicoanálisis.....	57
• Jacques Lacan: la Cosa.....	59
• Jean Laplanche: Problemáticas III: la sublimación.....	60
• Conclusiones.....	69
❖ Conclusiones finales.....	71



• Algunos interrogantes.....	72
• Tres hipótesis.....	75
❖ Bibliografía.....	78



Introducción.

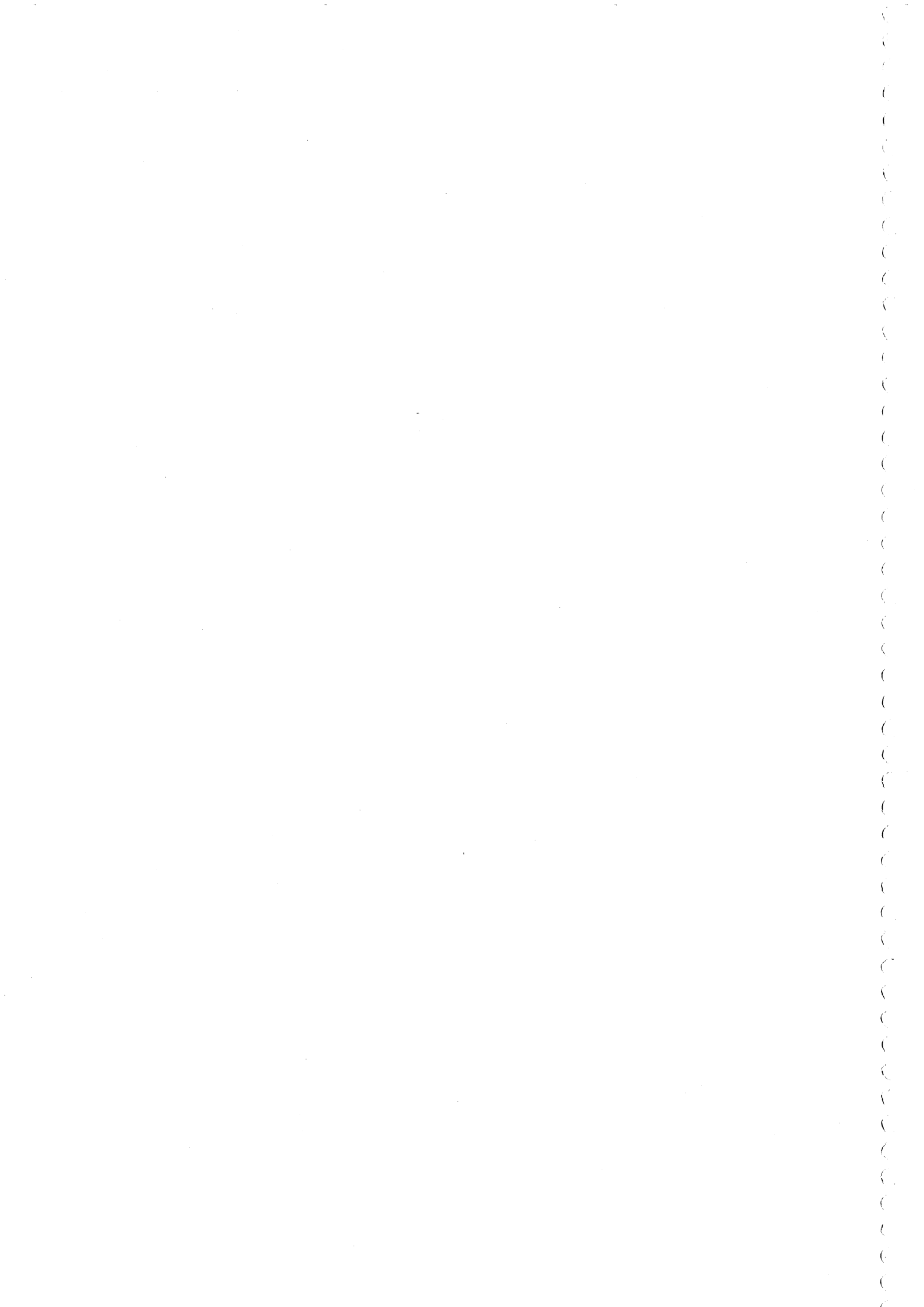
La creación artística se nos presenta como un proceso enigmático. Sabemos que allí entran en juego mecanismos inconscientes y hasta podríamos vislumbrar contenidos inaccesibles para el propio artista en esfuerzo consciente por analizar su obra. Es Freud quien tempranamente hecha luz a la cuestión acuñando el concepto que motivó a iniciar nuestra labor investigativa, a saber, la sublimación (*Carta 61 a Fliess. 1896*).

El mecanismo sublimatorio preocupó al padre del Psicoanálisis a lo largo de su vasta obra. Nos proponemos aquí realizar un rastreo bibliográfico del término avizorando posibles relaciones con conceptos esenciales del edificio teórico psicoanalítico.

Este trabajo ha sido dividido en siete capítulos en los cuales desarrollaremos el proceso sublimatorio. Intentaremos relacionar a la sublimación con: narcisismo, metapsicología, transferencia, carácter, sociedad, cultura y educación. Para dicha labor haremos una reseña de los siguientes textos freudianos: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (1912a)*, *Introducción al narcisismo (1914b)*, *Pulsiones y destinos de pulsión (1915a)*, *22 conferencia: Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión (1915-7 {1916-7} b)*, *23° conferencia: Los caminos de formación de síntoma. (1915-7 {1916-7} c)*, *Trabajos en metapsicología (1915e)*, *Más allá del principio de placer (1920)*, *El yo y el ello (1923b)*, *El malestar en la cultura (1930 [1929])*.

Es necesario aclarar que algunos trabajos en metapsicología fueron extraviados encontrándose, entre estos, los escritos de sublimación. Por esta razón es que, el desarrollo teórico que realiza Freud sobre los mecanismos psíquicos que intervienen en la creación artística, lo hemos hallado disperso a lo largo de toda su obra.

Nos proponemos lograr un refinamiento del concepto de sublimación para arribar así, a una definición ampliada que englobe los esfuerzos del autor en la elucidación de dicho constructo teórico.



I .Sublimación: sus relaciones con la pulsión y represión.

Sobre la pulsión: la sublimación como cambio de meta y objeto.

En un apartado de *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud comenta la génesis de lo que él denomina “la pulsión de saber”:

A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar. La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver (1905: 176).

Freud aclara que esta pulsión, que aparece por primera vez aproximadamente a los tres años, no pertenece a las pulsiones básicas del individuo sino que su nacimiento se corresponde con la sublimación de la pulsión de apoderamiento. La energía que le subyace es la que proviene de la pulsión de ver. Al hablar de la infancia, las pulsiones mencionadas son estrictamente parciales y no se encuentran subrogadas ni a lo genital ni a lo fálico.

Ya comenzamos a ver que la sublimación, lejos de ser un mecanismo psíquico que aparece en la adultez, es un proceso que tiene lugar en estadios muy tempranos de la vida y cuya intervención será esencial para el futuro de la persona.

Cambio de meta y satisfacción.

En *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna* se describe el mecanismo que subyace al cambio de meta en la sublimación, diciendo que este proceso:



Pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama facultad para la sublimación (1908:168).

Al igual que en algunos sueños o en la formación de algunos síntomas, la libido sufre un desplazamiento. Como se puede percibir, Freud aclara que el cambio de meta no supone una merma en la intensidad de la satisfacción, a pesar de ser desexualizada. Es notable resaltar que aquí no diferencia entre el nivel de satisfacción logrado con la sublimación y con la satisfacción sexual directa de la pulsión parcial. Se vislumbra aquí la estima que Freud tenía hacia la figura de los artistas y los científicos, representantes del acto sublimatorio.

Hay una relación directa entre desplazamiento y sublimación, a más del primero, más de la segunda. Además, la capacidad individual de sublimación es variable según la persona y el momento de la vida; más adelante veremos algunos ejemplos, en Schreber especialmente.

Ahora bien, aún en el mejor de los casos, la sublimación no es completa: “Una cierta medida de satisfacción sexual directa parece indispensable para la inmensa mayoría de las organizaciones...” (Freud 1908: 168). Freud relativiza sus propias aseveraciones, aquí parece plantear un límite a la satisfacción producida por la sublimación ya que destaca la necesidad de la satisfacción sexual directa. Es decir, como escribió arriba, el “menoscabo” no es esencial, como dice Freud, pero es un “menoscabo”.

Continuando en el mismo texto, Freud muestra una postura más bien pesimista sobre su época:



Sólo una minoría consigue el dominio por sublimación, por desvío de las fuerzas pulsionales sexuales desde sus metas específicas hasta metas culturales más elevadas; y aun esa minoría, sólo temporalmente, y con máxima dificultad en la época de su ardoroso vigor juvenil. Los más se vuelven neuróticos o reciben algún otro daño. La experiencia muestra que la mayoría de las personas que componen nuestra sociedad no están constitucionalmente a la altura de la abstinencia (1908: 173).

Parte de los ideales de Sigmund Freud se despliegan en este texto donde se habla de estar o no a la “altura de la abstinencia”, insinuando que los grandes sublimadores serían (como Leonardo) abstinentes. Esto resulta contradictorio con su afirmación de que una satisfacción sexual directa es necesaria para evitar la enfermedad. Fiel a un estilo que no ahorra contradicciones y todavía en *La moral sexual cultural moderna*, Freud, pasará de enaltecer a la abstinencia a criticarla gravemente.

Por otro lado, nótese aquí la índole variable del monto sublimatorio como anotamos antes. Según el momento del sujeto, por ejemplo, es difícil en la pubertad y una vez lograda puede caer.

La proporción entre sublimación posible y quehacer sexual necesario varía mucho, desde luego, de un individuo a otro, y aun entre las diversas profesiones. Un artista abstinente difícilmente sea posible; en cambio, no es raro un joven erudito abstinente. Este último acaso gane, por la continencia, fuerzas libres para sus estudios; en el caso del primero, es probable que su rendimiento

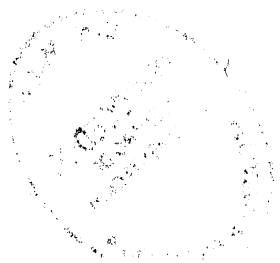
artístico sea poderosamente incitado por su vivenciar sexual. En general, no he recogido la impresión de que la abstinencia sexual ayude a formar varones de acción autónoma o pensadores originales, osados libertadores y reformadores; mucho más a menudo, crea pusilánimes de buen comportamiento que más tarde se sumergirán en la gran masa que suele ir a la zaga de los impulsos que parten de individuos fuertes (1908: 175).

Freud señala aquí la relación directa entre capacidad genital y capacidad de sublimación, especialmente en los artistas. Sin embargo, al hablar “en general” no niega la posibilidad de que alguna persona de nula o escasa genitalidad, un caso aislado, sea capaz de sublimar, aunque este sea un ejemplo poco común. Freud demuestra una opinión formada sobre la abstinencia y sobre cómo esta daña a los individuos y a la sublimación. Aun así, toma el recaudo de decir “en general” en vez de dar una respuesta categórica al respecto. Además determina que la abstinencia es más probable en los casos de los científicos que en el de los artistas, por lo cual habría diferencias entre ambas actividades aunque ambas sean sublimatorias. Queda entonces el interrogante sobre el origen de aquellas diferencias; sobre éste punto volvemos al final de este capítulo.

Dos sublimaciones.

Encontramos aquí el primer indicio de dos teorizaciones freudianas respecto a la sublimación. Parecería que la sublimación se liga solo a la producción artística o científica pero, como veremos enseguida, otra dimensión de la misma se vincula con la conformación del lazo social. Eso nos permite distinguir entonces entre una sublimación necesaria para la vida en sociedad y otra contingente u optativa para otro tipo de producciones. Hablamos, en primer lugar, de una sublimación estructural, mecanismo esencial implicado en la conformación no solo del lazo social sino también del aparato psíquico. Veremos en los apartados siguientes como dicho proceso es fundante de la instancia diferenciada del Ideal del yo y contribuye en la constitución del lazo social.

En segundo lugar, reconocemos al otro tipo, denominado aquí como contingente.



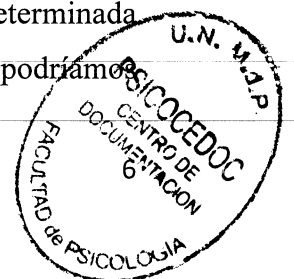
La desexualización de la pulsión ocurrida aquí ya no reviste un carácter esencial, puede darse o no, el sujeto podría desenvolverse en su vida cotidiana absteniéndose de volcar su energía en un acto creativo. Lo cual redundaría en dosis variables de neurosis. Tal configuración libidinal, en la cual prima el imperio de la represión dejaría al individuo inerme ante la coagulación de la libido. Una merma significativa en la sublimación optativa abonaría con un proceso de desubjetivación, tan reconocible en estos tiempos.

Un nuevo apuntalamiento.

En sus *Conferencias de introducción al Psicoanálisis*, específicamente la número veintidós, Freud introduce ciertas ideas que deberemos remarcar:

Entre estos procesos que protegen de enfermar por una privación, hay uno que ha alcanzado particular importancia cultural. Consiste en que la aspiración sexual abandona su meta dirigida al placer parcial o al placer de la reproducción, y adopta otra que se relaciona genéticamente con la resignada, pero ya no es ella misma sexual, sino que se la debe llamar social. Damos el nombre de «sublimación» a este proceso, plegándonos al juicio general que sitúa más alto las metas sociales que las sexuales, en el fondo egoístas. Por lo demás, la sublimación no es sino un caso especial del apuntalamiento de unas aspiraciones sexuales en otras, no sexuales (1917a: 314).

En primer lugar, se habla de una “relación genética” entre la pulsión sublimada (que puede tener aspiraciones tanto perversas como normales) y la nueva meta, producto de la sublimación. Este vínculo hace mención a lo que podemos denominar el “método de sublimación”, es decir, la forma específica en la que una determinada persona se ve inclinada a sublimar. Al haber una relación de tipo genética podríamos





encontrar que, por más inverosímil que parezca, algo de la pulsión sexual permanece en la sublimación e influye en la manera del sublimar.

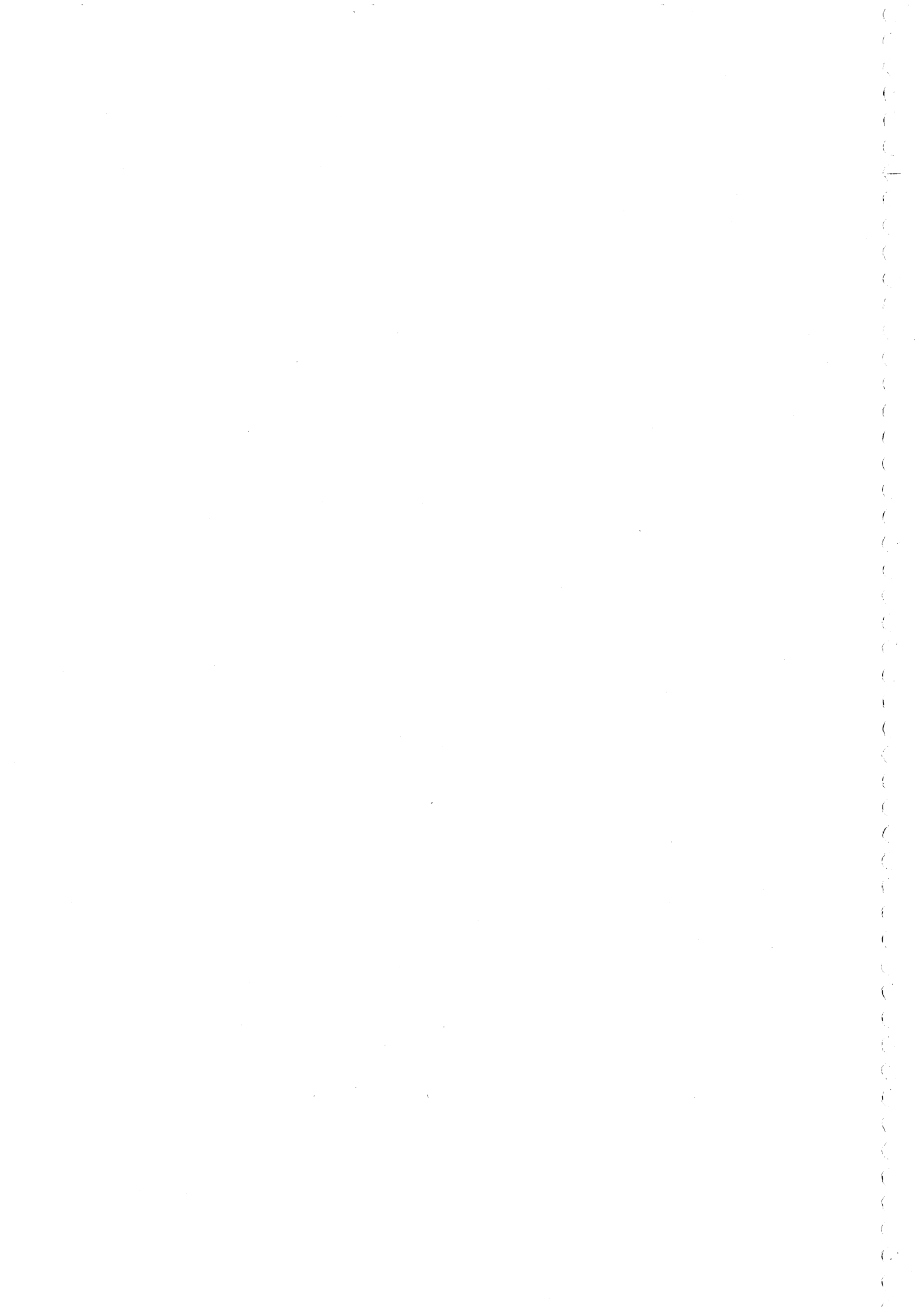
En segundo lugar, la sublimación es, lo señala directamente Freud, otra forma de apuntalamiento pulsional. El apuntalamiento al que se suele referir en los textos freudianos es aquel momento en el cual la pulsión sexual se origina a partir de la pulsión de autoconservación para luego desprenderse de ella. En la sublimación partimos de una pulsión sexual en la que se produce un cambio de meta por otra no sexual, es decir sería una forma inversa de la versión clásica del apuntalamiento. Estas aspiraciones no sexuales se apoyan en la pulsión sexual, sacando no sólo su energía de ahí sino también su objeto, el cual, como aclaramos ya, no perderá del todo su vínculo con la pulsión que lo engendró.

Visto de esta forma, la sublimación tiene un valor para la salud: si el sufrimiento neurótico proviene de la hiperpotencia de la libido y de su feroz represión, una sublimación exitosa permitiría evitar la neurosis al darle a esa misma energía sexual hiperpotente un destino diferente, socialmente provechoso.

Pulsión de meta inhibida

Como señalamos antes, ciertas alabanzas de Freud parecen dejarnos con la idea de que la sublimación sólo la alcanzan aquellos célebres personajes que han renunciado o al menos pospuesto la satisfacción genital. En cambio, podemos apreciar que estos dos, sexualidad y sublimación, no sólo no son contrarios sino que, a veces, se superponen. Un ejemplo es la coexistencia entre los sentimientos de ternura y de deseo sexual en las parejas sentimentales. El esclarecimiento de este fenómeno lo encontramos en la siguiente cita:

Las pulsiones sociales pertenecen a una clase de mociones pulsionales que todavía no hace falta llamar «sublimadas», aunque se aproximan a estas. No han resignado sus metas directamente sexuales, pero resistencias internas les coartan su logro; se conforman con ciertas aproximaciones a la satisfacción, y justamente



por ello establecen lazos particularmente fijos y duraderos entre los seres humanos (Freud, 1923 [1922]a : 253).

En la 32^o Conferencia: *Angustia y Vida Pulsional* (1932:89), Freud describe el concepto de “pulsión de meta inhibida”, término con el cual refiere a una pulsión con meta y objeto determinados pero que se detiene en el camino a la satisfacción, invistiendo constantemente al objeto pero sin jamás saciar su aspiración. La pulsión de este tipo presenta una ventaja sobre las demás: al no verse jamás satisfecha, ella prolonga su empuje a lo largo del tiempo. Así percibimos, según Freud, el comienzo de la sublimación y una explicación para fenómenos tales como la amistad y el amor filial: la pulsión homosexual se inhibe, contentándose con la ternura. El amor hacia los padres, otro ejemplo, es sostenido por una aspiración sexual que fue forzada a desalojarse hacia el inconsciente, tan inextinguible como imposible de satisfacer.

La ambigüedad propia de este concepto no permite definir si la meta inhibida es resultado de la sublimación o es independiente a ella. Podemos arriesgar que en toda sublimación existe un proceso similar al que se describe en el caso de la pulsión de meta inhibida, ¿será éste un paso intermedio en una sublimación exitosa? La meta inhibida, ¿es resultado de la sublimación o motiva la misma? En el apartado sobre Jean Laplanche se trata el tema con mayor extensión.

El cambio de objeto.

En 1922 se agregará una nueva característica al proceso sublimatorio: “el destino de pulsión más importante pareció ser la sublimación, en la que objeto y meta sufren un cambio de vía {...}” (Freud: 1923 [1922] b: 251).

Al conocido cambio de meta se le suma la descripción de un cambio de objeto. Por ende, la sublimación implicaría dos modificaciones de vía que llevan de la satisfacción sexual sobre un objeto a la satisfacción desexualizada de la producción artística y/o científica.

Esta cita complejiza lo que hasta entonces se decía sobre la sublimación. Este proceso no solo implica un cambio de meta sino una transformación, a su vez, del objeto. Es necesario hacer un paréntesis con respecto a este cambio de objeto. Sería fácil confundir esta modificación con la idealización, un proceso en el cual se enaltece a un objeto. La sublimación cambia un objeto sexual por otro no sexual, allí recae su acento,

en la descarga desexualizada, no en lo supremo que pueda llegar a considerarse un objeto. En el apartado que trata al narcisismo se tratará más extensamente la cuestión pero podemos adelantar que la idealización y la sublimación no son sinónimos ni tampoco se suponen necesariamente.

En los años treinta, Freud publica (en una extraña co-autoría con W. C. Bullit) un trabajo titulado *Thomas Woodrow Wilson: un estudio psicológico*. En ese trabajo se propone una definición que, sutilmente, quita un poco de ese idealismo que caracterizó tanto a Freud:

La sublimación es el método que consiste en dar al deseo instintivo una satisfacción parcial sustituyendo su objeto inaccesible por uno relacionado, no desaprobado por el Superyó o el mundo exterior; así el deseo instintivo se transfiere desde su meta y objeto más satisfactorio pero inadmisibles, a uno que es tal vez menos satisfactorio pero más fácilmente accesible (Freud & Bullit, 1973: 54).

Freud admite a la sublimación como satisfacción parcial, como señalamos antes. Ya había dicho que una sublimación total nunca es posible y había indicado que la satisfacción es menor. Los demás elementos son los de siempre: la aceptación de la realidad y el superyó, los cambios de objeto y meta. También vuelve a remarcar que el objeto por el cual se cambia es “uno relacionado” y no un objeto bizarro, muy lejano a la pulsión originaria.

Nueva definición: la sublimación como mezcla entre pulsión de vida y pulsión de muerte.

Eran los últimos años de su vida y Sigmund Freud aún mantenía ese espíritu autocrítico que tanto lo caracterizaba. En mayo de 1937 envía una carta a Marie Bonaparte en la que determina que todo lo que ha sido tratado en la temática de sublimación por él es, aún, incompleto. Admite también que en su concepción de



sublimación yace un juicio de valor, aspecto que destacaremos bastante en este trabajo. Además, aborda la cuestión de la pulsión agresiva y la sublimación de un modo que nos parece importante:

Uno debe admitir, entonces, que se puede demostrar que el instinto de destrucción es desviado, de forma similar y en amplia escala, de sus objetivos de destrucción y explotación al logro de otros fines. Todas las actividades que reestructuran algo o que producen cambios son en cierta medida destructivas y realizan una desviación del instinto original de destrucción. Aún el instinto sexual, como sabemos, no puede actuar sin cierta dosis de agresión. Por ello, en la combinación regular de los dos instintos hay una sublimación parcial del instinto destructivo (Jones, 1976:62).

Esta cita, que no pertenece a las Obras Completas, aclara que la pulsión destructiva cae, en ciertos casos, bajo el influjo de la sublimación. Lo que Freud sutilmente agrega es que toda actividad constructiva implica, en su seno, una sublimación del instinto destructivo embrionario. Como Herman Hesse diría “para nacer, hay que destruir un mundo”, también aquí Freud reflexiona al respecto, arribando a la misma conclusión. Llega al punto de decir que la pulsión sexual no está exenta de ciertos tintes agresivos y, por ende, una sexualidad genital normal implica la sublimación (parcial) de la pulsión destructiva. De ahí que no siempre la sublimación tenga como resultado la belleza sino que a veces se expresan los horrores y las preocupaciones más profundas de los hombres. Los aspectos más morbosos del espíritu pueden revelarse en el arte y la ciencia, como acaso pueden mostrarlo grandes maestros literarios como son Poe o Lovecraft, u oscuros personajes que en el nombre de la ciencia han traspasado los límites de la ética.



Mientras que el arte parece, a primera vista, una desviación “obvia” de la pulsión sexual/agresiva, el impulso científico parece menos asequible. En la misma carta que hemos citado Freud aclara que la curiosidad, la orientación hacia la ciencia, es una sublimación “completa” del instinto agresivo, más específicamente, de la pulsión de apoderamiento.

Finalmente, es digno de remarcar el salto conceptual realizado por Freud al hacer referencia a la mezcla pulsional (pulsión de vida y pulsión de muerte) inherente en el mecanismo sublimatorio.

Sobre la Represión.

Las *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis* (Freud, 1910a:24) describen los destinos posibles de un deseo cuyas implicancias puedan ser patogénicas para la personalidad del individuo. Este puede redirigirse hacia nuevos caminos que no sean conflictivos para el sujeto. Freud describe las siguientes posibilidades: la aceptación total o parcial de este deseo, la sublimación o su desestimación (lo que alude a una toma de conciencia sobre la naturaleza de esta representación problemática). La represión se describe como un mecanismo automático y deficiente para la dominación de este deseo conflictivo. En este sentido, la superioridad que Freud destaca en el mecanismo sublimatorio no se basaría exclusivamente en sus resultados culturalmente válidos sino también en la posibilidad de escapar a la represión, mucho más primitiva e ineficaz.

Desde un punto de vista tanto económico como dinámico, inferimos la relación inversa que se produce entre la sublimación y la represión: al mayor desarrollo de uno de estos mecanismos le corresponde un retroceso del otro. En este punto de su obra la sublimación se refiere exclusivamente a la pulsión sexual y se la entiende como el intercambio de su meta sexual por otra socialmente válida. Al contrario, la represión de esta pulsión sexual supone la imposibilidad de sublimar y sólo su levantamiento (análisis mediante) posibilitará que la energía pulsional retome este camino. Freud lo especifica así:

Mediante sus represiones, el neurótico ha mermado muchas fuentes de energía anímica, cuyos aportes habrían sido muy valiosos para su formación de carácter y



quehacer en la vida. Conocemos un proceso de desarrollo muy adecuado al fin, la llamada sublimación, mediante la cual la energía de mociones infantiles de deseo no es bloqueada, sino que permanece aplicable si a las mociones singulares se les pone, en lugar de la meta inutilizable, una superior, que eventualmente ya no es sexual (1910a: 49).

Ya advertimos previamente que un quantum de satisfacción sexual directa es necesario para una vida psíquica saludable. Por ende, una sublimación o represión total sería imposible. Freud comenta que depende de la flexibilidad de las mociones libidinosas que el resultado de un conflicto patógeno sea la represión o la sublimación: “{...} La plasticidad de los componentes sexuales, que se anuncia en su aptitud para la sublimación...” (Freud, 1910a: 50). En ese sentido, la rigidez de la libido se asociaría con el mecanismo represivo mientras que su dinamismo permitiría la sublimación.

Podría pensarse que Freud determina que una vida psíquica saludable depende de una correcta distribución entre satisfacción directa, represión y sublimación.

El estudio sobre Leonardo da Vinci da una clave sobre la relación subyacente entre represión y sublimación. Allí se menciona que uno de los destinos de la pulsión de investigación sexual infantil es la sublimación y se agrega:

Sin duda que también aquí interviene la represión de lo sexual, pero no consigue arrojar a lo inconsciente una pulsión parcial del placer sexual, sino que la libido escapa al destino de la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un apetito de saber y sumándose como refuerzo a la vigorosa pulsión de investigar (Freud, 1910b: 74,75).

Pensando esta frase se advierte que la represión podría ser entonces el comienzo de la sublimación. Retomaremos este problema en las conclusiones.



En *Pulsiones y Destinos de Pulsión*, Freud brinda una descripción de los cuatro direcciones posibles de la pulsión sexual: “La observación nos enseña a reconocer, como destinos de pulsión de esa índole, los siguientes:

El trastorno hacia lo contrario.

La vuelta hacia la persona propia.

La represión.

La sublimación.” (1915a: 122).

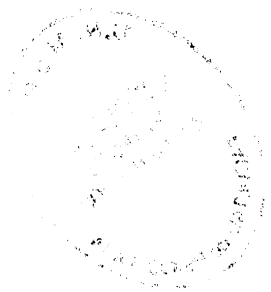
La separación categórica sirve a un propósito teórico: distinguir, separar, los modos de funcionamiento de los destinos de pulsión; no obstante, como hemos visto a lo largo de la obra freudiana, ninguno de estos mecanismos actúa en soledad. Sublimaciones, represiones y otros fenómenos inconscientes conviven e interactúan dentro de la misma persona.

Sobre lo que atañe a este apartado, podríamos postular que distintos aspectos de una misma pulsión pueden, paralelamente, estar reprimidos y sublimados. Esto es particularmente notorio en la conformación del carácter, como veremos más adelante.

Sublimación y síntoma.

Teniendo en cuenta a la segunda tópica podríamos decir que una pulsión puja por la satisfacción pero choca contra un yo que niega esa posibilidad la diferencia, sutil e importante a la vez, es que en la sublimación no hay una formación de compromiso sintomática donde el yo complace de manera imperfecta a un superyó despótico y a un ello incesante, siendo el resultado un empobrecimiento de la vida anímica de la persona. En la sublimación en cambio, postulamos nosotros, se satisface tanto al ello como al superyó.

Freud hablará (1917a:314) acerca de la relación genética que existe entre el producto sublimatorio y el objeto de la pulsión originaria lo cual podría hacer pensar que no hay en aquella una deformación tan severa como en el síntoma. Se satisface el superyó, a su vez, ya que el producto de la actividad del sujeto es apreciado por la sociedad (en sus primeras definiciones del concepto Freud ya habla del valor social de la sublimación) y, por ende, no presenta un conflicto con la moralidad propia del individuo.



En el caso del neurótico, el síntoma, es un producto que resulta de una relación tensa entre sus instancias psíquicas, cuyo cometido es la satisfacción de todas las partes, cosa imposible en su totalidad. El vínculo entre instancias es parecido a un divorcio contencioso donde se llegan a acuerdos rígidos insatisfactorios y difíciles de mantener.

El producto sublimatorio supone una colaboración entre instancias: el superyó que se ve avalado por la sociedad, no será tan arduo con el yo. El ello, por la cercanía entre intención original de la pulsión y la sublimación misma, encontrará un cauce que será lo más parecido (y permitido) a la satisfacción directa. Todas las instancias se ven beneficiadas porque ninguna se ve ultrajada y los sacrificios son mucho menores. Por su parte, el yo se ve aliviado de las presiones de la realidad, del superyó y del ello y puede utilizar libremente de la libido, lo que es contrario a un yo neurótico, inhibido y disminuido en sus funciones. Volveremos sobre este tema cuando abordemos la relación entre ideal del yo y sublimación.

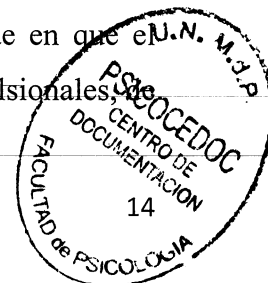
Conclusiones.

La sublimación es un proceso del aparato psíquico que comienza en el mismo lugar que la represión: un deseo sexual insatisfecho, una pulsión cuya expresión traería consecuencias graves para la vida en sociedad.

Las respuestas que puede dar el aparato psíquico ante esta amenaza son varias. Las que más se destacan a nivel teórico son la represión y la sublimación. La primera intentará sostener a la pulsión forzándola a detenerse en el inconsciente. La segunda busca la expresión pulsional, no directa, sino desexualizada, cambiando su meta y su objeto (y como veremos más adelante, su fuente) de forma que su manifestación no sea incongruente con las demandas de la sociedad.

El mecanismo represivo, al fallar, da lugar al síntoma: una formación de compromiso que trata de satisfacer (de forma incompleta) las demandas de la pulsión y de la realidad. El resultado es un fenómeno psíquico quimérico que, mediante desplazamiento y condensaciones, se convierte en algo difícil de descifrar y cuyo placer yoico es nulo o escaso.

En cierto sentido, podemos considerar a la sublimación como una especie de formación de compromiso: su objetivo, a través de la desexualización del objeto/meta de la pulsión, es enfrentar esta demanda inconsciente. La diferencia recae en que el resultado sublimatorio no es insatisfactorio ni tan alejado de sus orígenes pulsionales,





ahí que Freud llame “relación genética” a la que existe entre el objeto pulsional y el producto sublimatorio. Lo que el síntoma intenta y fracasa, la sublimación (en casos favorables) lo logra: aplacar lo inconsciente de una forma que la sociedad y el yo admitan. El producto sublimatorio supone entonces una colaboración entre instancias. No ocurre lo mismo en la formación sintomática, en la cual el sacrificio y la tensión entre instancias implican costes elevados para el yo. El síntoma es sentido por el yo como un cuerpo extraño, ajeno, con el cual debe convivir. El producto sublimatorio, necesariamente es transformación de la cosa, ya vivida como un ente exterior pero del cual se adueña el sujeto. Dicha paradoja nos permite visibilizar como el sublimador puede apropiarse de aquello que otrora hubiese quedado “adentro”.

Ciertas formas de teorizar sobre la sublimación hacen parecer que se sublima o se reprime. Lo que Freud manifiesta es que la pulsión nunca se sublima, reprime o descarga directamente del todo. Estas tres formas irán tomando preponderancia según la persona, según el momento. Una misma pulsión puede tener aspectos reprimidos, partes sublimadas y una dosis de satisfacción directa. Será la plasticidad de la libido, su capacidad de cambiar objetos y metas libidinales, lo que vaya determinando hacia qué lugar se dirigirá la pulsión, pero nunca podremos suponer la ausencia total de alguno de los tres destinos ya mencionados. De aquí la importancia de la pulsión de meta inhibida trabajado.

Vimos como el apuntalamiento al que se suele referir en los textos freudianos es aquel momento en el cual la pulsión sexual se origina a partir de la pulsión de autoconservación para luego desprenderse de ella. En 1917 el autor va a proponer una inversión a dicho apuntalamiento clásico. Las aspiraciones no sexuales se apuntalan en las sexuales, tomando de ellas su fuerza y objeto.

Reiteramos entonces la inclusión del cambio de objeto. Ambas modificaciones de vía (objeto y meta) llevan de la satisfacción sexual sobre un objeto a la satisfacción desexualizada de la producción artística y/o científica. Destacamos la importancia de la diferenciación entre el cambio de objeto sexual, por uno no sexual con la idealización, entendida esta como el enaltecimiento del objeto.

Basándonos en el desarrollo de las teorizaciones freudianas distinguimos en este apartado dos tipos de sublimación. El primero reúne a todas aquellas sublimaciones que acontecen en la diferenciación de instancias y la fundación del aparato psíquico, de ahí que lo llamemos *estructural*. Un segundo tipo, de carácter optativo, se nos presenta como *contingente*. Las pulsiones pudieran sublimarse o no en el discurrir de las



actividades la vida cotidiana del sujeto; sin que esto repercuta en la estructuración del psiquismo.

Habría, según Freud, dos tipos de “grandes” sublimadores: los científicos y los artistas. Los diferencia solamente en la cuestión de la abstinencia sexual: mientras que los científicos pueden sacar fuerza de la misma, los artistas suelen encontrar motivación en sus curiosidades y conquistas sexuales. La distinción entre ambos nos parece inconclusa y Freud parece hacer una diferenciación basada más en sus valores que en el rigor de su observación.¹ De todas formas, esta idea nos permite determinar que la sublimación puede lograrse en un estado de satisfacción sexual o en ausencia del mismo. Una sexualidad plena puede ir de la mano con la sublimación y, podría decirse, hasta alimentarse la una a la otra. El caso contrario, la conversión de libido en intelectualidad “pura”, también es posible.

¿Qué se sublima? Las pulsiones, lisa y llanamente. La sexualidad se une a los componentes destructivos, a la pulsión de muerte, la construcción es la destrucción de un orden anterior de cosas. La sublimación se encarga de *la* pulsión, plasmándola en un resultado que no solo se quede en el confort del hedonismo sino que, en el mejor de los casos, contribuya en el progreso cultural de la humanidad.

¹. Esbozamos aquí una posible alternativa hipotética: mientras que el científico en su labor investigativa se topa, entra en contacto y debe aceptar el principio de realidad, el artista, a través de fantasías lidia con el principio del placer. No hacemos más que remitirnos a la relación planteada por Freud en otros textos. Retomaremos esta conjetura en otro momento.



II. Narcisismo, Ideal del Yo, Superyó y Sublimación.

El yo y la sublimación

Ya inmersos en la segunda tónica, Freud propone una idea bastante compleja sobre el origen del pensamiento y el yo:

Es que las pulsiones eróticas nos parecen en general más plásticas, desviables y desplazables que las pulsiones de destrucción. {...} En esto es innegable cierta indiferencia en cuanto al camino por el cual acontezca la descarga, con tal de que acontezca. {...} Fue en los desplazamientos del proceso primario dentro del trabajo del sueño donde notamos por primera vez esa misma laxitud. En ese caso eran los objetos los relegados a un segundo plano; en el que ahora consideramos serían los caminos de la acción de descarga. Más parecido, más afín al yo sería el persistir con mayor exactitud en la selección del objeto así como en la vía de descarga. Si esta energía de desplazamiento es libido desexualizada, es lícito llamarla también sublimada {...} Si incluimos los procesos de pensamiento en sentido lato entre esos desplazamientos, entonces el trabajo del pensar – este también – es sufragado por una sublimación de fuerza pulsional erótica. Hemos aquí de nuevo frente a la posibilidad ya mencionada de que la sublimación se produzca regularmente por la mediación del yo (Freud, 1923b: 45)



En esta cita aparece una nueva idea sobre la que Freud ya había insistido en *El yo y el ello*: la sublimación es catapultada por el yo, no por el ideal ni el superyó (aunque si supervisados por estos). Cuando la pulsión puja por satisfacerse, es el yo quien elige con que método combatirla, si da rienda suelta al impulso, lo reprime o lo sublima. Además esta cita trae la idea de que el pensamiento, base para la supervivencia del hombre en el mundo, se origina a través de la sublimación. En *Un recuerdo infantil...* habíamos visto que la pulsión de investigar tiene tres destinos: la inhibición intelectual, la sexualización del pensamiento (compulsión a cavilar) y la sublimación, la libertad intelectual (1910b: 74). El yo, al lidiar con las pulsiones del ello, elige distintas formas para darle o restringirle su satisfacción. Una de esas formas es el desplazamiento de meta/objeto hacia otro porvenir no sexual. Si el trabajo intelectual es un desplazamiento de la pulsión de saber (avocada originalmente a temas estrictamente sexuales), el pensar es sublimar. Queda así explicitada finalmente la relación entre sublimación y ciencia.

El pasaje por la libido narcisista es necesario cada vez que se sublima, así lo plantea Freud:

La trasposición así cumplida de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación {...} ¿No se cumplirá toda sublimación por la mediación del yo, que primero muda la libido de objeto en libido narcisista, para después, acaso, ponerle otra meta? (1923b: 32).

Entre los obstáculos para la terapia analítica, Freud remarca los siguientes: la movilidad de la libido y la rigidez del narcisismo (Freud, 1916d: 414). Sobre el primer factor ya nos hemos explayado. Es sobre el segundo que nos detendremos a continuación.

Como ya destacamos, el narcisismo es un paso intermedio en el proceso sublimatorio: la sublimación puede partir de una frustración en la realidad, la incapacidad de satisfacer un anhelo. Resignar el objeto del que buscábamos obtener satisfacción puede implicar un retorno de la libido (momentáneamente) al yo y, por



ende, una inflación del narcisismo. Luego, es en el momento de trasponerse la libido, ahora yoica, en libido objetal, en donde puede entrar en juego la sublimación.

Un narcisismo inflexible no permitirá la investidura de nuevos objetos, concentrando la mayor parte de la libido en el yo. Es sabido que esta distribución de la libido, en un caso extremo, puede arribar en la constitución de una psicosis. Comúnmente se verá una dificultad no sólo para la terapia, sino también para la sublimación. Si el narcisismo de una persona es demasiado obstinado, no podrá hacerse el traspaso de libido yoica a libido de objeto, anulando por completo a las posibilidades sublimatorias.

Sublimación e ideal del yo.

Antes de ahondar en el tema necesitaremos, para facilitar la comprensión, la definición que proponen Laplanche y Pontalis sobre el ideal del yo:

Término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse” (Laplanche & Pontalis, 2004:180).

Según los autores, este concepto tiene una definición un tanto vaga que concuerda con la progresiva elaboración del concepto de superyó. Manifiestan que, en *El yo y el ello*, Freud ni siquiera diferencia entre ambos. Por eso la siguiente frase da indicio de uno de los vínculos entre sublimación e Ideal:

El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier



identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser (Freud, 1923b: 55).

El ideal del yo, modelo íntimo de perfección, es donde coincide el narcisismo primario abandonado, las identificaciones con el padre y los requerimientos de la sociedad. Estas identificaciones suponen una desexualización. Entonces, la sublimación se necesita para su constitución.

La sublimación no siempre es positiva y ya se notó que tampoco es absoluta. El amor incestuoso hacia el padre, al ser sublimado en una identificación ideal, pierde la fortaleza para mantener a raya la agresividad propia de ese vínculo ambiguo. Esa agresión liberada dará el “sesgo duro” del ideal, sus demandas más rígidas. Aquí, repetimos, la sublimación es necesaria, constitutiva del aparato psíquico.

Para continuar es necesario hablar del fenómeno de la idealización:

La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual; el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual. La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido



yoica cuanto en el de la libido de objeto {...} La sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización algo que sucede con el objeto (Freud, 1914b: 91).

En primer lugar, la sublimación se diferencia de la idealización. La primera recae sobre la libido de objeto y sobre la pulsión (justamente, lo que la distingue es su desvío de meta/objeto), mientras que la idealización es un proceso que puede concentrarse tanto sobre la libido de objeto como la libido yoica, y que hace referencia al objeto.

Más adelante, Freud aclara la independencia relativa entre la sublimación y el ideal:

La formación de un ideal del yo se confunde a menudo, en detrimento de la comprensión, con la sublimación de la pulsión. Que alguien haya trocado su narcisismo por la veneración de un elevado ideal del yo no implica que haya alcanzado la sublimación de sus pulsiones libidinosas. El ideal del yo reclama por cierto esa sublimación, pero no puede forzarla; la sublimación sigue siendo un proceso especial cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación. (1914b: 91).

El ideal del yo no implica necesariamente una sublimación exitosa, justamente, un ideal rígido puede constituirse a través de una sublimación débil que separa amor y agresión. Para formarse el ideal demanda sublimación pero este es un proceso independiente. La independencia entre ambos es más marcada en los neuróticos, donde se puede ver un ideal fuerte que aumenta las exigencias al yo y promueve la represión, en contra de la sublimación que permitirían escaparle. Una vez más vemos como estos mecanismos son antagonistas al momento de tratar con la descarga pulsional.



La lectura de *Introducción al Narcisismo* desarrolla otra relación entre el concepto de ideal del yo y el de sublimación. Esta instancia psíquica nos parece decisiva al momento de elegir lo que podríamos llamar el “método” de la sublimación. Cada cual tiene instaurado dentro de su aparato psíquico un ideal al que se refiere, un modelo tanto personal como social sobre el cual nos orientamos. Podríamos aventurarnos en decir que este ideal es la base sobre la cual se inclina la forma de sublimar. Esto, que en primera instancia parece confuso, tiene su explicación: si el ideal del yo admite, promueve o reniega ciertas formas de actuación en el mundo, es de esperarse que también lo haga con la sublimación. Así, que una persona utilice a la pintura, la música o el deporte como forma de sublimación tiene que ver necesariamente con un ideal al que aspiran. En síntesis, tenemos dos relaciones entre el ideal del yo y la sublimación: ésta última como constitutiva del ideal del yo y éste ideal incitando o regulando las sublimaciones.

El ideal del yo, la paranoia y el desasimiento de las sublimaciones.

El ideal del yo se origina al finalizar el complejo de Edipo, cuando el sujeto resigna la libido de los objetos incestuosos y la convierte en identificaciones (sublimación mediante). La libido objetal incestuosa se transforma en libido narcisista: el yo se libidiniza y de las identificaciones con el arquetipo paterno surge el ideal del yo.

Un ideal del yo rígido o pobremente constituido, cómo lo explicaremos enseguida, puede tener varias consecuencias:

Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas. Además de su componente individual, este ideal tiene un componente social {...} Ha ligado, además de la libido narcisista, un monto grande de la libido homosexual de una persona, monto que, por ese camino, es devuelto al yo. La insatisfacción por el incumplimiento de ese ideal libera libido homosexual, que se muda en conciencia de culpa



(angustia social) {...} La frecuente causación de la paranoia por una mortificación del yo; esto es, por la frustración de la satisfacción en el campo del ideal del yo, se nos hace así comprensible, e igualmente la coincidencia de la idealización y la sublimación en el ideal del yo como la involución de las sublimaciones y la eventual transformación de los ideales en trastornos parafrénicos (Freud, 1914b: 98).

Freud se encarga de elucidar lo ocurrido cuando un ideal rígido se ve amenazado por un incumplimiento en sus aspiraciones. Dicho proceso es descrito en el origen de la parafrénia como involución de las sublimaciones. Tomamos a esta “involución” como una coagulación de la libido que resulta en un mayor grado de viscosidad (la imposibilidad de nuevas ligazones). Así se explica la rigidez de las pretensiones del ideal. De esta forma, la viscosidad de la libido determina que el aparato psíquico, al momento de lidiar con la libido homosexual liberada por el incumplimiento de los anhelos de su ideal produce un delirio. Esta última opción sucede cuando ni represión ni sublimación son opciones posibles.

Nos referiremos ahora a un segundo mecanismo de disolución de las sublimaciones. El primero se refirió a una injuria hacia el ideal del yo que libera libido homosexual que no encuentra ligazón. A continuación, Freud explica la peligrosidad de una marea alta de libido que no encuentra destino, y su potencial destrucción de las sublimaciones:

Personas que no se han soltado por completo del estadio del narcisismo, vale decir, que poseen {besitzen} allí una fijación que puede tener el efecto de una predisposición patológica, están expuestas al peligro de que una marea alta de libido que no encuentre otro decurso



someta sus pulsiones sociales a la sexualización, y de ese modo deshaga las sublimaciones que había adquirido en su desarrollo (1910c: 58).

Un súbito incremento de la libido homosexual requiere algún tipo de manejo yoico. Si una persona no ha superado su narcisismo de manera normal se ve predispuesta a un espontáneo incremento de la libido homosexual y, por ende, a la sexualización de sus pulsiones sociales.

En el caso de la psicosis, existe una relación entre el contenido delirante y aquellas sublimaciones que fueron destruidas:

Considerando las artificiosas construcciones que el delirio de Schreber edifica en el terreno religioso (la jerarquía de Dios, las almas purificadas, las antecámaras del cielo, el Dios inferior y superior), podemos estimar que la riqueza de sublimación quedó destruida por la catástrofe de la retracción general de la libido (Freud, 1911:68).

El tamaño de un edificio delirante da indicio de las sublimaciones que se han deshecho por la regresión libidinal. Ya sea por el incumplimiento del ideal, por incremento de libido homosexual o ambos en conjunto, se ha descompuesto todo aquello que la sublimación mantenía en pie. Esto nos da una pista de como dirigir la cura en los pacientes psicóticos: algunos psicoanalistas actuales plantean que el tratamiento con los pacientes psicóticos debe involucrar el trabajo con sus producciones, un intento de reparar las sublimaciones perdidas.

Sublimación y Superyó.

Nos queda hacer mención al superyó y, para eso, recurriremos nuevamente al *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche & Pontalis. Ellos lo definen como:





Una de las instancias de la personalidad, descrita por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la autoobservación, la formación de ideales, como funciones del superyó. (2004: 419).

Ahora, relacionamos este concepto con el ideal y el complejo de Edipo:

La historia genética del superyó permite comprender que conflictos anteriores del yo con las investiduras de objeto del ello puedan continuarse en conflictos con su heredero, el superyó. Si el yo no logró dominar bien el complejo de Edipo, la investidura energética de este, proveniente del ello, retomará su acción eficaz en la formación reactiva del ideal del yo. La amplia comunicación de este ideal con esas mociones pulsionales inconscientes resolverá el enigma de que el ideal mismo pueda permanecer en gran parte inconsciente, inaccesible al yo. La lucha que se había librado con furia en estratos más profundos, y que no se había decidido mediante una sublimación y una identificación súbitas, se prosigue ahora en una región más alta {...} (Freud, 1923b: 40)



El superyó, censor social depositado en cada uno de nosotros, surge al superarse el complejo de Edipo. Sus características se darán a partir del juego de sublimaciones, formaciones reactivas, identificaciones y represiones de la infancia.

Más arriba describíamos que una sublimación “débil” en la constitución del superyó podría desmezclar las pulsiones agresivas de las eróticas. El ideal de yo se vuelve agresivo y parcialmente inconsciente. Esto fuerza al superyó a tomar instancias más violentas contra cualquier acción que contradiga al ideal. Sospechamos que el *grado de severidad del superyó estará determinado por la cantidad de sublimación o de formación reactiva implicada en el proceso de su construcción*. Si la sublimación es poderosa, el ideal y el superyó serán más flexibles para aceptar la actuación del sujeto en el mundo. El ideal se vuelve más amplio, el superyó más permisivo. Ocurrirá lo contrario si lo que predomina en esa constitución es la formación reactiva.

Expliquemos esto un poco mejor. Al momento de terminar el complejo de Edipo el yo puede (mediante la identificación y sublimación) conformar un superyó y un ideal que sean medianamente permisivos con las exigencias del ello. De no darse esta sublimación el ideal se construye en base a la formación reactiva y se vuelve inconsciente; esto se puede deducir de una parte del texto de Freud citado anteriormente: “Si el yo no logró dominar bien el complejo de Edipo, la investidura energética de éste, proveniente del ello, retomará su acción eficaz en la formación reactiva del ideal del yo” (1923:40). Es decir, repetimos, la sublimación producirá un superyó benévolo, en tanto que la formación reactiva lo producirá exigente y severo. Tenemos aquí un ejemplo de la sublimación primordial o estructural, tal como la desarrollamos en el capítulo anterior.

Lo que otrora fue un combate entre el yo y el ello se vuelve ahora entre el superyó y el ello (Freud, 1923:40) La identificación con el arquetipo paterno es ya una desexualización, como dijimos anteriormente; esta identificación traería, en algunos casos, consecuencias penosas para el aparato psíquico: la desmezcla pulsional que separa el componente erótico del destructivo que mencionamos antes. El primero conduciría a la conformación de un superyó permisivo, mientras que el segundo llevaría la formación de un ideal del yo con características más bien tiránicas. (Freud, 1923:55). Esta desmezcla pulsional en la conformación del superyó complementa el otro aspecto que hace a su constitución más o menos sublimatoria, o con diverso grado de formación reactiva.



Sublimación: Pulsión de perfeccionamiento

Mil novecientos veinte nos trae una nueva faceta freudiana. A los 64 años, Freud continúa su ejercicio crítico en *Más allá del principio de placer*:

A muchos de nosotros quizá nos resulte difícil renunciar a la creencia de que en el ser humano habita una pulsión de perfeccionamiento que lo ha llevado hasta su actual nivel de rendimiento espiritual y de sublimación ética, y que, es lícito esperarlo, velará por la transformación del hombre en superhombre. Sólo que yo no creo en una pulsión interior de esa índole {...} Me parece que la evolución que ha tenido hasta hoy el ser humano no precisa de una explicación diversa que la de los animales, y el infatigable esfuerzo que se observa en una minoría de individuos humanos hacia un mayor perfeccionamiento puede comprenderse sin violencia como resultado de la represión humana. {...} El camino hacia atrás, hacia la satisfacción plena, en general es obstruido por las resistencias en virtud de las cuales las represiones se mantienen de pie; y entonces no queda más que avanzar por la dirección del desarrollo (1920: 41).

Aunque el texto no se concentra en la sublimación, podemos distinguir algunas reflexiones. Según Freud no habría una pulsión de perfeccionamiento que nos diferencie de los animales. Si existieran los resultados de esta pulsión “mitológica” se verían en la evolución cultural y en la vida de ciertos hombres que han alcanzado la grandeza en el campo científico o artístico. Freud desecha un impulso interno que lleve a la magnificencia y determina que es justamente el rechazo a nuestras pulsiones más



básicas lo que edificará la cultura. Dándonos una licencia poética, podemos que decir que Tales mira las estrellas para no ver el pozo. Los impulsos destructivos de Tánatos (pulsión de muerte) se toparán, en ejemplos benévolos, con los mecanismos defensivos del aparato psíquico.

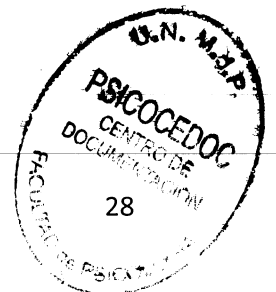
¿Por qué en este capítulo, la pulsión de perfeccionamiento? El idealismo nos lleva a ver el mundo lleno de indicadores de la grandeza “innata” del hombre. El narcisismo ayuda conservar estas ideas como parte de nuestra identidad, el superyó corrige cualquier desviación. La sublimación crea nuevos universos y el resultado final (el producto cultural) se nos revela como algo que proviene de las entrañas del hombre. En cierto sentido, es verdad, pero en otro no: todo lo construido es una salida para negar las pulsiones. La felicidad absoluta, si acaso existe, sería el libre albedrío total, la pura satisfacción. Bajo esas premisas cualquier sociedad sería imposible. La sublimación es escape, bello tal vez, pero escape al fin.

Conclusiones.

Las diferentes instancias del aparato psíquico están necesariamente inmiscuidas con la sublimación.

El ideal del yo se conforma a través de este proceso y recomienda la manera en que el sujeto debería comportarse en el mundo, entre estas formas, como sublimar. Esta recomendación no es absoluta: que el ideal prefiera algo no es suficiente para lanzar a la sublimación. La inflexibilidad de un ideal es una señal más bien represiva: al considerar pocas opciones como válidas, se vuelve punitivo con cualquier actividad del sujeto que lo contradiga. El ejecutor de este castigo es el superyó, que se encarga de escarmentar la ofensa con un sentimiento de culpa que puede llevar al punto de la autolesión.

Que los ideales y el superyó sean tan inflexibles es, en realidad, un fracaso sublimatorio en la constitución de los mismos, tal como lo pusimos más atrás. Por otro lado, la libido se resiste a la renuncia de ciertos objetos del mundo y se estanca colaborando de esa manera con ese fracaso; no admite la desexualización y el cambio de meta. Además. este fracaso se da en la constitución misma del ideal: la debilidad sublimatoria genera una desmezcla pulsional haciendo que la libido homosexual se separe en erotismo y agresión. Entonces, el ideal se vuelve parcialmente inconsciente y al sujeto le sobreviene un castigo cuyo origen no termina de comprender.





Que la sublimación tenga la fortaleza necesaria para conformar un ideal del yo y superyó permisivos se basa en el grado de flexibilidad libidinal y en el poco predominio de la formación reactiva. Como el ideal del yo se gesta de manera temprana en la vida del hombre (al superar el complejo de Edipo) podemos anticipar nuestras conclusiones y reflexionar que la sublimación comienza desde entonces o aún antes. Así, su éxito o fracaso (siempre relativos) encauzan el futuro individual, la tendencia que se tenga al momento de lidiar con la pulsión.

El narcisismo, reservorio de la libido yoica, es un obstáculo para la sublimación en el adulto. Cuando se renuncia a un objeto (por ejemplo, los objetos incestuosos originales), la libido vuelve al yo. Este es un paso común. Cuando el narcisismo es muy rígido, la libido permanece en el yo y se rehúsa a investir nuevos objetos (entre ellos, los objetos desexualizados con los que se alcanza la sublimación).

Finalmente, la instancia que determina que se lance o no la sublimación es el yo. Como elige reprimir, también elige sublimar. El problema de éste último caso es su complejidad: la pulsión debe desexualizarse (cambiar de objeto y meta), el ideal y el superyó deben estar de acuerdo con la decisión, el narcisismo debe renunciar al yo y permitir nuevas investiduras, la realidad debe mostrar su favor. Por eso, creemos, es que Freud determina que la gran mayoría cae en el padecimiento neurótico. Es, irónicamente, una salida más simple para el aparato psíquico, aunque más costosa para su economía.

En las conclusiones finales esbozaremos nuestra hipótesis al respecto.



III. Sublimación y Perversión.

El desarrollo teórico del concepto de sublimación en *Fragmentos de análisis de un caso de Histeria* aparece apoyándose y distinguiéndose, a la vez, de la perversión y en relación a la pulsión:

Las perversiones no son bestialidades ni degeneraciones en el sentido patético de la palabra. Son desarrollos de gérmenes, contenidos todos ellos en la disposición sexual indiferenciada del niño, cuya sofocación o cuya vuelta {Wendun} hacia metas más elevadas, asexuales —su sublimación—, están destinadas a proporcionar la fuerza motriz de un buen número de nuestros logros culturales (1901 [1905b]:45).

Desde muy temprano en su obra, Freud distingue a la perversión como la inhibición del desarrollo psicosexual del individuo y no como una cuestión de orden ético o moral. En este sentido, aclara que el niño tiene originalmente una disposición perversa. Paralelamente a su sofocación, algunos de estos “gérmenes” sufrirán un cambio de meta. Esta mudanza permitirá la consecución de los objetivos culturales de la sociedad. Este proceso de cambio de meta de una disposición originalmente perversa a otra más valiosa para la sociedad, es lo que Freud denomina “sublimación”.

Hacia 1905, Freud destina un apartado en sus *Tres ensayos de teoría sexual* al tema de la sublimación:

El tercer desenlace de una disposición constitucional anormal es posibilitado por el proceso de la sublimación. En ella, a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que



el resultado de la disposición en sí peligrosa es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico. Aquí ha de discernirse una de las fuentes de la actividad artística; y según que esa sublimación haya sido completa o incompleta, el análisis del carácter de personas altamente dotadas, en particular las de disposición artística, revelará la mezcla en distintas proporciones de capacidad de rendimiento, perversión y neurosis (1905: 218).

La sublimación se convierte en destino posible de la disposición constitucional anormal del ser humano, es decir, de su esfera infantil y perversa. El resultado de este proceso sublimatorio arriba en el aumento del rendimiento psíquico que sustentará la dimensión artística. Cabe destacar que Freud, en este punto de su obra, habla en términos de sublimaciones completas o incompletas, opinión que se irá suavizando en el futuro. De todas formas, al hablar de las personas que estima como “altamente dotadas”, menciona que encontraremos capacidad de rendimiento (libido sublimada), perversión y neurosis. Todo arte, aún el sacro, tiene el mismo punto de partida: la terquedad de la pulsión parcial.

En un breve artículo de 1912, Freud hablará sobre las consecuencias del onanismo adulto en el aparato psíquico:

Tengamos presentes el significado que el onanismo cobra como ejecutor de la fantasía, ese reino intermedio que se ha interpolado entre vivir según el principio de placer y vivir según el principio de realidad; y cómo el onanismo posibilita consumir en la fantasía unos desarrollos sexuales y unas sublimaciones que, empero, no constituyen progresos, sino dañinas formaciones de



compromiso. Es verdad que este mismo compromiso {...} vuelve inocuas serias inclinaciones perversas y esquivas las peores consecuencias de la abstinencia (1912c: 261).

Su punto de vista determina que esta práctica sexual permite llevar a cabo, dentro de la fantasía, unos desarrollos sexuales junto con unas sublimaciones. Estas dos no corresponden a otra cosa que formaciones de compromiso que tienen una doble vertiente: por un lado, resultan dañinos para el sujeto; por el otro, mantienen a raya la expresión perversa y combaten los efectos de la abstinencia.

La sublimación, entonces, tiene grados o, tal vez, una cierta “altura”. La sublimación que se expresa en la fantasía onanista no contribuye a ese cauce elevado artístico/científico que tanto menciona Freud. Por otra parte, si el resultado de la sublimación es la desexualización, ¿cómo puede participar de una fantasía sexual?

Podemos suponer que la investidura pulsional ligada a un objeto determinado se sublima en parte, idealizando al objeto, por ejemplo, quedando un remanente que exige una satisfacción sexual directa a través de la actividad masturbatoria. Se atribuye a Ángel Garma la frase “Es preferible una puta en la cama que una princesa en los sueños” La princesa en los sueños ejemplifica el caso de una sublimación de una mujer que desencadena la actividad onanista. Dicha actividad aunque implique una satisfacción directa, consideramos que nunca será tal como el encuentro genital. Vemos entonces que la sublimación se puede mezclar con una satisfacción pulsional directa. Sublimaciones, aparentemente, las hay y de muchos tipos y formas. Ni todo está reprimido ni todo está sublimado.

Otra pregunta recae sobre lo dañino de estas fantasías: si mantienen a raya a la perversión, ¿por qué son tan nocivas? Creemos que Freud veía al onanismo como algo superfluo y entorpecedor. “Dañino” entonces significaría “improductivo”: no lleva al arte ni a la ciencia sino que se estanca en su lugar, como dijimos más atrás (pág 30), hay “inhibición del desarrollo”. La sublimación, cada vez más lejos de lo universal y bello, es algo que a veces se conforma con manifestaciones diminutas, con fantasías pasajeras sin grandes compromisos. Lo que sí resalta cada vez es como mantiene controlada a la perversión. Tal vez veamos aquí a la pornografía: además de cumplir con una fantasía voyeurista, los guiones propuestos pueden ser, contradictorio como suene, los resultados de una sublimación que se encarga de expresar (con poca sutileza) fantasías perversas.



Pegan a un niño nos esclarece el paso intermedio que ocurre entre la perversión originaria del niño y el resultado sublimatorio:

Sabemos que una perversión infantil de esta índole no necesariamente dura toda la vida; en efecto, más tarde puede caer bajo la represión, ser sustituida por una formación reactiva o ser trasmudada por una sublimación (acaso suceda, en realidad, que la sublimación provenga de un proceso particular que sería atajado por la represión). Pero si estos procesos fallan, la perversión se conserva en la madurez, y siempre que en el adulto hallamos una aberración sexual – perversión sexual, fetichismo, inversión – tenemos derecho a esperar que la exploración anamnésica nos lleve a descubrir en la infancia un suceso fijador de esta naturaleza (1919: 179).

Estas disposiciones de naturaleza antisocial solo raramente llegan a expresarse en la adultez. Ante todo, la represión se encarga de contenerlas. Ahora bien, este no es el único camino posible para solventar el problema: a la represión pueden sumársele una serie de formaciones reactivas y sublimaciones. La personalidad resulta de la confluencia de los gérmenes perversos de la infancia, de la represión, las formaciones reactivas y, en algún grado, la sublimación. Una persona adulta tiene varias formas de combatir su naturaleza perversa.

Parece haber una escala jerárquica basada en la salud del aparato psíquico: la perversión será combatida mediante una sublimación, formaciones reactivas y/o represiones. La sublimación sería la cúspide, la mejor forma de combatir la perversión, una solución que no es egoísta e inhibitoria sino que contribuye a la humanidad, una suerte de “no hay bien que mal no venga”.



Conclusiones.

Al comienzo solo hay perversión. El niño se ve hostigado por pulsiones parciales que empujan a la satisfacción. De ahí que pueda decirse que el niño es efectivamente perverso polimorfo. Será la sociedad quien se encargue de adiestrar este núcleo perverso del ser humano.

Lo leído parece dar a entender que el éxito humano se basa en el combate a la perversión. La sublimación tiene su lugar en el pedestal de los logros humanos: a través de ella se modifica la ambición perversa por un objetivo cultural; se utiliza, por así decirlo, la fuerza del enemigo en su contra. Casi podría decirse que detrás de una gran persona se esconde una gran perversión.

Pero no toda sublimación implica la grandeza. Las fantasías, los ensueños, contienen aspectos sublimados que, muchas veces, solo persisten en la mente pero que sirven para mantener a raya a la expresión perversa.

Se podrá combinar el mecanismo sublimatorio con satisfacción pulsional directa. Vemos entonces como en la actividad onanista el fantaseo implica un acto creativo de una escena de contenido sexual (en la cual ocurre también un enaltecimiento de las características del objeto) y al mismo tiempo se satisface, en parte, la pulsión parcial.



IV. Sublimación y Carácter.

Sobre la constitución del carácter

Para adentrarnos en el tema del carácter partimos de *Tres Ensayos de Teoría Sexual*, donde se especifica a la formación reactiva, elemento esencial en la configuración de la personalidad, como una “subvariedad de la sublimación” (Freud 1905: 218). Para diferenciar entre formación reactiva y sublimación propiamente dicha podemos valernos de la siguiente metáfora: si la sexualidad es un río, las formaciones reactivas serían un accidente geográfico que obligan a una porción de la corriente a invertir su curso; en cambio, la sublimación funcionaría como un molino hidráulico que utilizaría la energía libidinal para generar otro tipo de energía.

La forma del carácter se basa en la energía de las pulsiones sexuales infantiles y se delimita, entre otras cosas, a partir de ciertas sublimaciones y formaciones reactivas. En 1908, Freud describe a los diques anímicos como formaciones reactivas que se conforman durante la época de latencia, cuyo objetivo es interponerse a la consecución de las metas pulsionales infantiles (Freud 1908: 154). En este texto separa sublimación de formación reactiva y aclara su relación con la personalidad:

Por lo demás, es posible indicar una fórmula respecto de la formación del carácter definitivo a partir de las pulsiones constitutivas: los rasgos de carácter que permanecen son continuaciones inalteradas de las pulsiones originarias, sublimaciones de ellas, o bien formaciones reactivas contra de ellas (Freud 1908:154).

En ese mismo texto describe los distintos rasgos que conforman el carácter anal. Así el ser ordenado, implica actitudes asociadas a la escrupulosidad y pulcritud. El aseo personal así como la hipermoralidad conformarían formaciones reactivas contrarias a las mociones pulsionales referidas, en primer lugar al deseo lúdico para con las heces y en segundo término a mociones agresivas para con los otros. El segundo rasgo es la tenacidad, la obstinación en el cumplimiento de deberes.



En lo que respecta al tercer rasgo descripto allí, la economía, se refiere a una actitud de concentración sobre el dinero que puede llevar a la avaricia. Vemos entonces como se produce un cambio de vía de objeto y meta: la zona erógena ya no es anal y las heces se trocan por el dinero. La actividad (de retención) sigue, sin embargo siendo la misma. Tenemos aquí a la sublimación (una subvariedad de la estructural) como origen de los rasgos de carácter.

Tipos libidinales y la sublimación.

El mundo externo es, a la vez, una fuente de satisfacción como de frustración. Los obstáculos que otorga a la satisfacción pulsional directa pueden ser sorteados de distintas formas. Freud hablará de “tipos libidinales” (1929: 83) para referirse, en este caso, a varios talantes:

— Predominancia erótica: resaltarán los vínculos sentimentales con otras personas.

— Predominancia narcisista: la satisfacción se buscará en los propios procesos anímicos internos.

— Predominancia en la acción: se buscará la transformación del mundo para la propia satisfacción.

Creemos que para lograr la satisfacción sublimatoria, los estilos pulsionales con predominancia en la acción y tipo narcisista son los más proclives o adecuados. No hablamos, por supuesto, de una relación de exclusividad sino de tendencias de personalidad. Individuos con predominancia erótica también podrá sublimar. Sin embargo, postulamos que la persona inclinada a sublimar encuentra satisfacción en las propias fantasías y creación de ahí que lo comparemos con la predominancia narcisista. De paso, comprenderíamos la línea delgada que divide al genio y el loco: un gran sublimador (sea cual sea el método que elija) necesariamente se aparta de la realidad, contentándose con sus elucubraciones mentales, para volver a sobre ella, en un segundo movimiento, como hacen las personas de acción. Es decir, hay rasgos narcisistas que operan sobre la realidad. Esto suele acarrear una excentricidad que no pasa desapercibida. Serán estos genios, para nuestro autor, seres superiores, admirables por su capacidad.

Freud sostenía que los hombres tendrían un mayor quantum energético que las mujeres, quienes “{...} tienen intereses sociales más endebles que los del varón, así



como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional.” (Freud, 1932 [1933] b: 124, 125). Esta observación clínica podría llegar a ser válida en una época donde, se censuraba la autonomía de la mujer, otorgándole una educación diferencial e inferior. Que Freud haya dejado esa conclusión intacta da una pista sobre la presencia de un sesgo de época, un prejuicio que ya hemos notado en otras ocasiones.

El origen de la sublimación.

En *Consejos al Médico*, nos advierte sobre la distribución individual de la capacidad sublimatoria, resaltando su naturaleza constitucional:

No todos los neuróticos poseen un gran talento para la sublimación; de muchos se puede suponer que en modo alguno habrían enfermado si poseyeran el arte de sublimar sus pulsiones (Freud, 1912a:117).

Al utilizar palabras como “talento” o “aptitud” Freud dejaría entrever que la sublimación es una capacidad dependiente de la disposición constitucional del individuo. Esto nos lleva a preguntarnos por la naturaleza de esta disposición, es decir si la capacidad para sublimar es hereditaria, se adquiere en los primeros momentos de vida o se desprende de las vicisitudes del complejo de Edipo ¿Dejaríamos entonces en un lugar secundario a la educación científica y/o artística?, ¿existen límites personales para ampliar nuestra capacidad sublimatoria?, ¿será esto parte de un prejuicio de la época victoriana en el cual se creía en la superioridad innata de ciertos personajes?

En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* se demarcan los límites de la teoría psicoanalítica y se enfatiza la perspectiva constitucional de la sublimación:

Las pulsiones y sus trasmutaciones son el término último de lo que el psicoanálisis puede discernir. De ahí en adelante, deja sitio a la investigación biológica. Nos vemos precisados a reconducir tanto la inclinación a



reprimir como la aptitud para sublimar a las bases orgánicas del carácter, que son precisamente aquellas sobre las cuales se levanta el edificio anímico. Y puesto que las dotes y la productividad artísticas se entranan íntimamente con la sublimación, debemos confesar que también la esencia de la operación artística nos resulta inasequible mediante el análisis (1910b: 126)

Se plantea en la cita que la aptitud para sublimar tendría un sustrato fisiológico de base, inasequible desde el psicoanálisis. La pulsión y sus elementos pueden ser estudiados hasta el extremo en el cual se enraízan con el cuerpo, allí donde toma lugar la biología. Creemos que es por ello que Freud describe a la pulsión como un concepto fronterizo entre lo somático y lo anímico. Confiesa aquí el médico vienes la trascendencia de lo biológico en la comprensión de los fundamentos del acto creativo.

Conclusiones.

La sublimación se ve reflejada en la conformación del carácter anal, más precisamente en el segundo rasgo descrito por el autor. La preocupación por el dinero deja entrever un cambio de vía de meta y objeto, ecuación básica cuando hablamos del proceso en cuestión.

Más que un resumen de lo leído preferimos, en este apartado, generar una pequeña discusión sobre las causas de la sublimación. Para esto tomamos otra cita del texto sobre da Vinci:

La observación de la vida cotidiana de los seres humanos nos muestra que la mayoría consigue guiar hacia su actividad profesional porciones muy considerables de sus fuerzas pulsionales sexuales. Y la pulsión sexual es



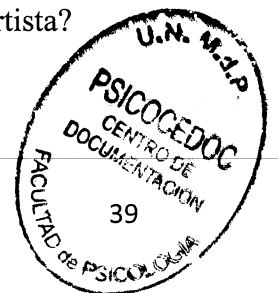
particularmente idónea para prestar esas contribuciones, pues está dotada de la aptitud para la sublimación; o sea que es capaz de permutar su meta inmediata por otras, que pueden ser más estimadas y no sexuales. Consideramos demostrado ese proceso cuando la historia infantil – o sea la historia del desarrollo anímico – de una persona muestra que en su niñez esa pulsión hiperpotente estuvo al servicio de intereses sexuales (1910b: 72).

Parece ser que siempre que veamos una persona con una poderosa concentración en algún tipo de actividad (artística, científica, profesional, etc.) encontraremos su fundamento en una base pulsional hiperpotente. Admitir esto suscita la pregunta sobre la causa de esta hipertrofia: ¿Es entonces azar de la biología?, ¿consecuencias de la estimulación temprana?, ¿quién o qué despierta esa pulsión?

El talento es un concepto que supone facilidad innata para realizar cierto tipo de tareas. Su fundamento parece ser estrictamente biológico. Traduciendo este concepto a términos freudianos, se podría decir que cada persona cuenta con cierto tipo de pulsiones hiperpotentes. Estas pulsiones parciales, al ser transformadas en su meta y objeto por la sublimación, generan que, en casos benignos, la persona destaque en alguna actividad. El talento, entonces, sería la pulsión sublimada.

Para que una pulsión se sublime se necesita plasticidad libidinal: la pulsión debe aceptar que su objeto y meta sea transmutados. Los grandes sublimadores, como el reverenciado Leonardo, no tendrían grandes dificultades en esto.

Creemos que decir que la sublimación es solamente biológica es una falacia. La educación es una parte crucial en el desarrollo. Que un niño haya recibido estimulación artística o que se hayan fomentados sus gustos en ciencia no es un dato menor. Si existe el talento todos tenemos uno. Por momentos las palabras de Freud parecen demasiado categóricas: o la grandiosa excepción sublimatoria o el patetismo neurótico. Sospechamos, además, que Freud solo admite ciertos tipos de arte y ciencia: el deportista cuya vida se ve encauzada por sus logros físicos, ¿no es acaso un artista?





Otra cuestión sobre la cual disentimos está asociada a la problemática de género. Cualquier tipo de explicación que parta de las supuestas diferencias innatas entre hombres y mujeres nos parece insuficiente. Solo podríamos aseverar esto si los géneros fueran tratados de forma igualitaria.



V. Sublimación y Transferencia.

Freud distingue dos modalidades de la transferencia. A saber, una ligada a la sustitución mecánica y otra más bien creativa:

Hay transferencias de éstas que no se diferencian de sus modelos en cuanto al contenido, salvo en la aludida sustitución. Son entonces, para continuar con el símil, simples reimpresiones, reediciones sin cambios. Otras proceden con más arte; han experimentado una moderación de su contenido, una sublimación, como yo lo digo, y hasta son capaces de devenir conscientes apuntalándose en alguna particularidad real de la persona del médico o de las circunstancias que lo rodean, hábilmente usada (Freud, 1901 {1905}: 101).

La primera forma de transferencia mencionada es aquella en la cual el sujeto actúa con la misma modalidad vincular que sostuvo anteriormente con alguna persona determinada. Esta manera de relacionarse supone una sustitución entre una persona del pasado con la persona del analista. El sujeto reacciona ante esta sustitución (o vale decir, ante esta persona del pasado) exactamente de la misma forma que lo hizo anteriormente.

La otra forma de transferencia supone una atemperación del contenido depositado en la figura del analista. La sustitución sigue siendo la misma pero esta vez el sujeto no va a repetir con exactitud su modalidad vincular sino que, al introducirse el mecanismo sublimatorio, la transferencia va a referirse a cuestiones idiosincrásicas de la persona del analista o del entorno inmediato del análisis. Algo acontece allí a modo de innovación en el encuentro con el otro. Deberá haber un hueco, un vacío de significación que motorize el deseo de simbolización. Es precisamente en este proceso de re-ficcionalización en donde el analista habilita de alguna manera el advenimiento de



un acontecimiento sin precedentes. Se produce una transferencia de algo que escapa a la repetición, Ocurre entonces un fenómeno de producción subjetiva en el análisis.

Entonces, aquí sublimación se equipara a moderación de contenido. Si el proceso se basa específicamente en la desexualización de una meta/objeto pulsional, la moderación tendrá que necesariamente ir por este camino. ¿Será que hay una suerte de desplazamiento y la transferencia originaria, fuertemente sexualizada, se basará ahora en detalles que pueden llegar a ser conscientes, despertando emociones que pueden llegar a ser reconocibles para la persona, sin tanta carga sexual?

El amor que algunos clasifican de “platónico” puede ser un ejemplo de transferencia sublimada: aunque hay un componente claramente idealista (el engrandecimiento de la persona amada) también hay una negación sexual que podríamos tomar como sublimada o represiva, según su forma.

Conclusiones.

Cada vez se distingue más cómo la sublimación es un proceso psíquico que involucra múltiples dimensiones del ser humano. Como vimos en otro apartado, la sublimación se centra únicamente en la libido de objeto. Es solamente una conclusión lógica pensar que la transferencia va a verse modificada por este proceso.

Además, despierta la reflexión sobre el vínculo que se tiene con los distintos objetos de la realidad, puesto que la transferencia es un fenómeno universal que el análisis explícito, no construye. Una persona “sublimada” ¿Maneja sus relaciones de objeto de esa forma más “artística” que declara Freud? Podrá ser entonces que cada relación de objeto tengo su propio quantum de sublimación o creatividad.

El acto analítico permite entonces una relación en la cual se transfiere algo novedoso, del orden de una invención. La situación presente de encuentro tiene características particulares que escapan a la repetición compulsiva de lo que fue para dar lugar a modos más sublimados, si se quiere, de relacionarse.



VI. Arte, Educación, Cultura, Sociedad, Religión.

Sublimación y Arte.

En sus *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud dirige su atención por primera vez al cambio de meta que supone el mecanismo sublimatorio:

La ocultación del cuerpo, que progresa junto con la cultura humana, mantiene despierta la curiosidad sexual, que aspira a completar el objeto sexual mediante el desnudamiento de las partes ocultas. Empero, puede ser desviada («sublimada») en el ámbito del arte, si uno puede apartar su interés de los genitales para dirigirlo a la forma del cuerpo como un todo (Freud, 1905: 142).

El progresivo ocultamiento del cuerpo ha servido, acordando con Freud, al mantenimiento de una curiosidad sexual que empujaría al conocimiento del cuerpo desnudo del *partenaire*. Este interés ávido por la desnudez puede mudarse en el acto creativo, pasando de la concentración en la genitalidad a la apreciación de la geometría del cuerpo entero. Entonces se puede pensar que en el arte la sublimación opera, fundamentalmente, a través del cambio de meta y de objeto, de los genitales al cuerpo. Hay aspectos de la 23^o conferencia: *los caminos de la formación del síntoma* (1915/7 [1922]c: 342,343), que contribuyen al debate sobre el origen del arte:

Existe, en efecto, un camino de regreso de la fantasía a la realidad, y es... el arte. Al comienzo, el artista es también un introvertido, y no está muy lejos de la neurosis. Es constreñido por necesidades pulsionales hiperintensas; querría conseguir honores, riqueza, fama y el amor de las mujeres. Pero le faltan los medios para



alcanzar estas satisfacciones. Por eso, como cualquier otro insatisfecho, se extraña de la realidad y transfiere todo su interés, también su libido, a las formaciones de deseo de su vida fantaseada, desde las cuales se abre un camino que puede llevar a la neurosis. Tienen que conjugarse toda una serie de circunstancias para que no sea este el desenlace de su desarrollo; y es bien conocida la frecuencia con que justamente los artistas padecen de una inhibición parcial de su productividad, provocada por neurosis.

El artista genuino y el neurótico parten de la misma base: las frustraciones de sus necesidades en la realidad. Freud enumera las siguientes: honores, riqueza, fama y amor de las mujeres. El resultado de este impedimento lleva la hiperinflación de la fantasía. Tanto el neurótico como el artista poseen un vasto mundo interior; la diferencia entre ambos recae en el modo de expresión de estas fantasías: mientras que el neurótico forma síntomas, el artista puede hallar la satisfacción mediante su obra. El artista, por supuesto, no está exento de la neurosis y, además, la supone. Fenómenos como el síndrome de la página en blanco nos demuestra como un hombre creativo puede ser víctima de inhibiciones neuróticas. En términos últimos, depende de la fortaleza de la represión el hecho de que una persona sublime o no. En el camino que lleva de la fantasía al arte pueden sucederse varios obstáculos y no podríamos decir que el artista no es un neurótico en sí mismo. Al hablar de sublimación o represión nos referimos a grados o dimensiones, combinaciones, no a categorías estancas.

Luego, Freud continúa:

El reino intermedio de la fantasía es admitido por acuerdo universal de los hombres, y todo desposeído espera hallar en él alivio y consuelo. Pero en los que no son artistas, la ganancia de placer extraída de las fuentes de la fantasía es muy restringida {...} Ahora bien, cuando



alguien es un artista genuino, dispone de algo más. Se las ingenia, en primer lugar, para elaborar sus sueños diurnos de modo que pierdan lo que tienen de excesivamente personal y de chocante para los extraños, y para que estos puedan gozarlos también. Además, sabe atenuarlos hasta el punto en que no dejen traslucir fácilmente su proveniencia de las fuentes prohibidas. Por otro lado, posee la enigmática facultad de dar forma a un material determinado hasta que se convierta en copia fiel de la representación de su fantasía y, después, sabe anudar a esta figuración de su fantasía inconsciente una ganancia de placer tan grande que en virtud de ella las represiones son doblegadas y canceladas, al menos temporariamente (1915: 343)

Hemos encontrado aquí una reflexión psicoanalítica que contribuye al debate sobre lo artístico. La diferencia entre el arte genuino y la plena imitación podría distinguirse basándonos en la implicación del sujeto en su obra (llevando éste cierta intención de que aquella sea valorada), es decir en la sublimación de sus pulsiones. A pesar de ello no seremos tan ambiciosos en querer dirimir tal cuestión. Podríamos ubicarlo mejor, en los siguientes términos: un arte puede ser benévolo para el enriquecimiento subjetivo, o la homeostasis económica de la psíquis o bien presentarse como un producto inerte que cumpla otra función, más bien inocua.

Mientras que el imitador copia una técnica, el artista halla un hogar para sus fantasías más profundas. Aquí podríamos hacer una analogía con la producción onírica. En el sueño se manifiesta como una escena que en última instancia nos habla del cumplimiento de un deseo. Esta escena sería una fantasía inadmisibles para el sujeto en su vida diurna. Refugiado en la fantasía el artista puede encontrar vía libre para la expresión de sus anhelos perversos, evitándose el juicio negativo de la sociedad y,



contrariamente, hallando la estima y el respeto. La cultura se nutre del arte a partir del siguiente contrato: haz lo que desees dentro del mundo de la ficción.

¿Quién podría negar los deseos homicidas de Dostoievski expresados en su Raskolnikov, o ignorar los cuestionamientos existenciales de Woody Allen en *Manhattan*?

Podríamos aventurarnos un poco más y pensar que las obras no solo son proyecciones del inconsciente del autor, sino portavoces de los enigmas de la humanidad. Tragedias como *Antígona* trascienden las disputas por el destino de un cadáver, ¿No se percibe aquí la tensión entre la voluntad de una persona y los designios que impone la ley de un pueblo? El reconocido dramaturgo Sófocles no es más que el emisor de un mensaje de carácter universal que atraviesa los siglos y nos persigue aun en nuestros días.

Sublimación y Educación.

En *La moral sexual cultural moderna*, Freud distingue la capacidad sublimatoria acorde al género:

Pero la experiencia también muestra que las mujeres, a quienes, en su condición de portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano, les es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión, y {...} bajo las desilusiones del matrimonio contraen neurosis graves y que las perturban toda la vida (1908: 174).

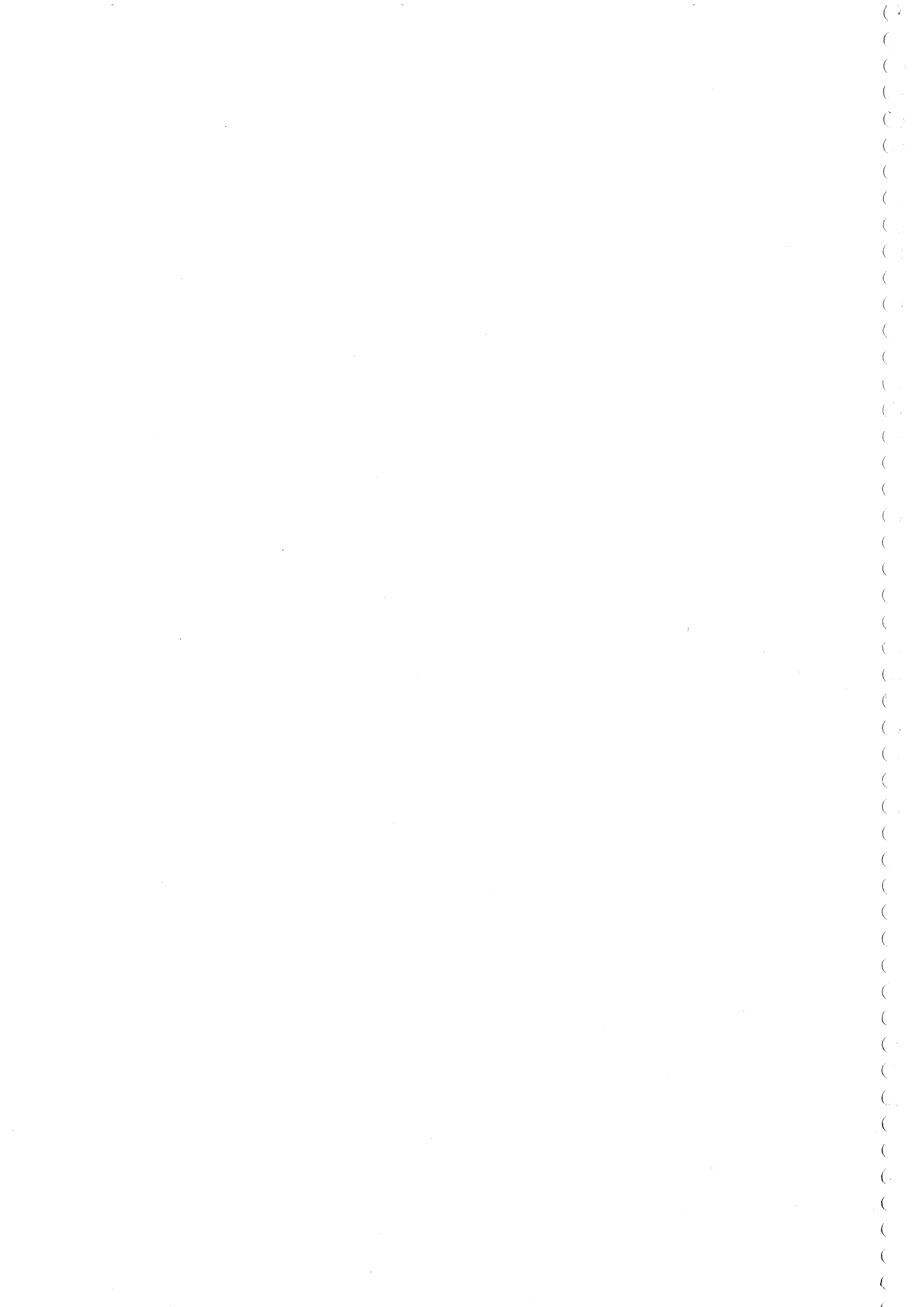
Aunque ya lo mencionamos en el apartado sobre carácter, repetimos la distinción que hace Freud entre hombres y mujeres. Esta observación del médico vienés puede parecer, en primera instancia, sexista. Podríamos pensar que sus conclusiones se deben a una cuestión de época. En aquel entonces la sociedad se encontraba aún enmarcada bajo un modelo patriarcal que obligaba a las mujeres a dedicarse exclusivamente al cuidado del hogar. De esta manera, se encontraban alejadas de una



educación cultural a la que accedían los hombres con más facilidad. Esto necesariamente hace mella sobre las posibilidades de participar en actividades a través de las cuales pudiesen sublimar la libido al servicio de la cultura. La justificación que da Freud parece ser la siguiente: como son “portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano”, tienen menos posibilidad para sublimar. Freud parece aludir a algo obvio y no incurre en justificaciones que pudieran hacer que esta frase sonara con más rigor científico que opinión personal.

Retomando lo atinente a la educación, en 1913, Freud publica *El interés por el psicoanálisis*. Parte de lo que se desarrolla corresponde a la tarea educativa en los niños, la cual critica abiertamente:

Una violenta sofocación desde afuera de unas pulsiones intensas el niño nunca las extingue ni permite su gobierno, sino que consigue una represión en virtud de la cual se establece la inclinación a contraer más tarde una neurosis. El psicoanálisis tiene a menudo la oportunidad de averiguar cuánto contribuye a producir enfermedades nerviosas la severidad inoportuna e ininteligente de la educación, o bien a expensas de cuántas pérdidas en la capacidad de producir y de gozar se obtiene la normalidad exigida. Pero puede también enseñar cuán valiosas contribuciones a la formación del carácter prestar estas pulsiones asociales y perversas del niño cuando no son sometidas a la represión, sino apartadas de sus metas originarias y dirigidas a unas más valiosas en virtud del proceso de la llamada sublimación (1913b: 192).



Describe dos posibilidades para las pulsiones del niño: la sofocación violenta (que predispone hacia la neurosis) o la posibilidad de sublimar. La educación se habría encargado casi exclusivamente de la primera.

Este planteo no ha perdido su actualidad. Aún hoy la escuela se maneja por parámetros rígidos cuyos resultados son cada vez más pobres. Para evitar esto la sublimación debe comenzar en los primeros momentos de vida. La educación que reciba un niño será una influencia para la decisión de conflictos a la que recurrirá en el futuro: la formación de compromiso o la sublimación.

Vemos aquí un Freud menos idealista, menos concentrado en la idea de los “seres superiores” y más enfocado en el trabajo educativo desde la juventud. Que existan estos momentos de contradicción nos indica la honestidad intelectual de Sigmund Freud. Es necesario, entonces, distinguir entre textos las distintas porciones de su pensamiento y, a veces, llegar a una elección sobre que aceptamos y que criticamos de su obra.

Sociedad y Cultura.

En la *trigésimasegunda conferencia angustia y vida pulsional* (1932:89) Freud se refiere al concepto de “pulsión de meta inhibida” para hablar de una pulsión que con objeto y meta determinados se detiene en el camino de la satisfacción, es decir invierte constantemente al objeto sin jamás saciar su aspiración. La ternura sería un ejemplo de este tipo. La ambigüedad propia de este concepto no permite definir si la meta inhibida es resultado de la sublimación o independiente de esta. Podemos arriesgar que en toda sublimación existe un proceso similar al que se describe en el caso de la pulsión de meta inhibida: ¿será este un paso intermedio en una sublimación exitosa o, por otro lado, la meta inhibida? ¿es resultado de la sublimación o motiva a la misma?

La siguiente cita pertenece a *Puntualizaciones sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente*:

Tras alcanzar la elección de objeto heterosexual, las aspiraciones homosexuales no son –como se podría pensar- canceladas ni puestas en suspenso, sino meramente esforzadas a apartarse de la meta sexual y

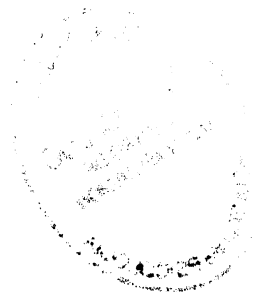


conducidas a nuevas aplicaciones. Se conjugan entonces con sectores de las pulsiones yoicas para constituir con ellas, como componentes «apuntalados», las pulsiones sociales, y gestan así la contribución del erotismo a la amistad, la camaradería, el sentido comunitario y el amor universal por la humanidad (Freud, 1910c:57).

En esta cita se detalla la importancia de la sublimación para el surgimiento del vínculo social. Una libido otrora homosexual se convierte, sublimación mediante, en el motor y condición de lo que Freud denominó “pulsión social”, es decir una pulsión con meta inhibida. Esta pulsión estaría apuntalada en las pulsiones yoicas que, a través del mecanismo de sublimación, se ven revitalizadas por la libido homosexual sublimada. En cambio, el desasimiento libidinal de un objeto de satisfacción puede tener como consecuencia la sexualización de la pulsión social y, por lo tanto, el retroceso de las sublimaciones. En 1922 retoma esta idea:

En la consideración psicoanalítica estamos habituados a concebir los sentimientos sociales como sublimaciones de actitudes homosexuales de objeto. En los homosexuales de inclinación social, no se habría consumado plenamente el desasimiento de los sentimientos sociales respecto de la elección de objeto (Freud, 1921 [1922]: 226).

La ecuación freudiana determina que el avance de las pulsiones homosexuales puede arribar, entre otras cosas, en una psicosis o en actitudes transferenciales negativas. Freud parece distinguir entre homosexuales con inclinación social y cultural:



En los vínculos sociales normales entre los seres humanos difícilmente se colegiría la verdadera magnitud de estas contribuciones de fuente erótica con inhibición de la meta sexual. Y, por otra parte, en este mismo nexo se inserta el hecho de que homosexuales manifiestos, justamente – y entre ellos, de nuevo, los que resisten el quehacer sensual -, descuellan por una participación de particular intensidad en los intereses de la humanidad, unos intereses surgidos de la sublimación del erotismo (1910c: 57).

Nos cuesta creer que la homosexualidad “social” sea una excepción. El retraimiento que pueden sufrir algunos homosexuales nos parece más un resultado de una sociedad represiva que del desasimiento de la sociabilidad. Como ya vimos a lo largo de este trabajo, el sujeto “saludable” se balancea entre la satisfacción pulsional, la represión y la sublimación. Aunque alguno de estos destinos pueda ser preponderante, ninguno es absoluto. Será entonces que una elección de objeto homosexual no afecta de manera absoluta a la sublimación: puede ser que la libido homosexual encuentre cauce más o menos libre pero otras pulsiones antisociales que busquen manifestarse pueden caer bajo el influjo de la sublimación.

Por otro lado, prosiguiendo la cuestión de la sociabilidad, si quien tiene una elección de objeto heterosexual no renuncia a la amistad con las mujeres, no hay razón para suponerlo en alguien con elección de objeto homosexual. Los vínculos entre humanos tienen un componente singular que no admite ser demasiado genérico. Freud se refiere al homosexual como a quien está especialmente interesado en la humanidad cuando se “resiste” al quehacer sexual. Vislumbramos una contradicción aquí. Si nos remitimos al primer apartado, en donde hablamos sobre la abstinencia, según el autor, el artista podría llegar a inspirarse en sus conquistas sexuales.

Esta distinción marcada entre homosexuales y heterosexuales adolece de teoría y, creemos, se debe más a la parcialidad freudiana que Lacan señaló en *Intervención sobre la transferencia*:





Esto proviene, diremos nosotros, de un prejuicio, aquel mismo que falsea en su comienzo la concepción del complejo de Edipo haciéndolo considerar como natural y no como normativa la prevalencia del personaje paterno: es el mismo que se expresa simplemente en el conocido estribillo: 'Como el hilo es para la aguja, la muchacha es para el muchacho'. (Lacan, J., 1951:217).

Sobre la Renuncia Pulsional del Lazo Social.

La libido sublimada mantiene unidos a los sujetos en sociedad. Una vez tramitado el Complejo de Edipo, una salida normativizada arribaría a un engrosamiento del lazo social, el cual imprime la cohesión necesaria para que reine un sentido de comunidad, de pertenencia.

Hoy en día nos encontramos frente a una sociedad crispada ante el retroceso de la subjetividad, el individualismo, un narcisismo imperante. El retorno pulsional hacia el propio yo termina por ser un destino feroz que deja al sujeto frente a una patología o la negación y desprecio por sus pares.

Freud sostiene la idea de una bisexualidad originaria. Todos los seres humanos tendríamos tendencias homosexuales de objeto, aspiraciones hacia la pasividad. Esto sería una fuente indispensable para el sentimiento de camaradería, amor al prójimo y lo humano.

Si a veces parece que la bisexualidad de los seres humanos es una gran desgracia y la fuente de problemas sin fin, hay que recordar que sin ella la sociedad humana no podría existir en absoluto (1966:57).

En *El malestar en la cultura* expone de manera categórica:





No puede soslayarse la medida en que la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, el alto grado en que se basa, precisamente, en la no satisfacción [...] de poderosas pulsiones (1929:96).

Sabemos que la cultura totémica impuso al hombre severas limitaciones a nivel sexual. Los hombres no podrían tomar por objeto de amor a cualquier mujer. A partir de dicha prohibición el hombre se ve forzado a desplazar la libido hacia otras metas. Freud no duda en afirmar que esto lleve precisamente a una sublimación forzosa, a la posibilidad de derivar la energía sexual hacia caminos más benignos.

Así es que la cultura fue apropiándose de la libido en pos de una “mejor” convivencia de los hombres, el famoso intercambio de felicidad por seguridad. Esta renuncia pulsional dictaminada por la Ley y la exogamia se le sumó la imposibilidad de descarga de hostilidad ilegítima.

Varias opiniones de Freud parecen bregar por una legalidad más permisiva con la descarga pulsional. Esto condice con su lucha personal contra una sociedad más bien represiva. La ironía es que, en cierto sentido, es lo que se logró: hoy en día se valora el individualismo, la consecución despiadada de los propios objetivos. Esto es parte de filosofía que se justifica en el absurdo pensamiento propone la felicidad sin renunciaciones.

La negación del compromiso social lleva a la competencia encarnizada. El resultado: la supuesta “creación” de nuevas patologías mentales, la medicalización del hombre del siglo XXI.

En el combate contra el sufrimiento, el aparato psíquico posee en su haber la posibilidad sublimatoria: desplazando la libido hacia el trabajo intelectual y creativo puede otorgar una fuente de placer que contrarreste el sufrimiento que necesariamente acarrea el vivir en sociedad (1929: 79). Aprendiendo a sublimar desde la juventud puede acercarse más a la sociedad utópica que permita la descarga pulsional sin el riesgo del individualismo ni la represión exagerada.

Religión.

En el trabajo dedicado a Leonardo, Freud sintetiza de forma magistral su opinión acerca del origen sexual de las religiones:



Las laboriosas recopilaciones del investigador de la cultura nos convencen de que los genitales fueron en los orígenes el orgullo y la esperanza de los vivos, gozaron de veneración como algo divino y la divinidad de sus funciones se transfería a todas las actividades recién aprendidas de los seres humanos. Desde su ser se elevaron por vía de sublimación innumerables figuras de dioses, y en la época en que el nexo de las religiones oficiales con la actividad sexual ya estaba escondido para la conciencia general, los cultos secretos se empeñaron en conservarlo vivo en cierto número de iniciados. Por fin ocurrió que en el curso del desarrollo cultural se extrajo de la sexualidad tanto de divino y de sagrado que el resto, exhausto, sucumbió al desprecio. Pero dado el carácter imborrable inherente a la naturaleza de toda huella anímica, no cabe asombrarse de que aun las formas más primitivas de adoración de los genitales pudieran rastrearse hasta tiempos recientísimos, y que los usos lingüísticos, las costumbres y supersticiones de la humanidad actual contengan relictos de todas las fases de ese itinerario desarrollo (1910b:90,91).

La postura de Freud es bastante clara: el origen de lo místico proviene de lo sexual. Las sociedades primitivas elaboraron esquemas de adoración basados en los genitales. El sentimiento místico provenía de la sublimación de los genitales, transformados ahora en deidades a las que se les rendía culto.

El por qué las religiones actuales desprecian la sexualidad es un análisis para otro trabajo. De todas formas, Freud parece convencido de que ese núcleo de sexualidad persiste aún en las religiones más estructuradas y conservadoras.

Aún en el mismo texto, hablando específicamente de Leonardo, Freud da una indicación de cómo trabaja, en muchos casos, el sentimiento religioso individual:

En el complejo parental discernimos, pues, la raíz de la necesidad religiosa; el Dios omnipotente y justo, y la naturaleza bondadosa, nos aparecen como grandes sublimaciones de padre y madre, o más bien como renovaciones y restauraciones de la representación que se tuvo de ambos en la primera infancia (1910b: 122).

En *Contribuciones a la Historia del Movimiento Psicoanalítico* (1914) vuelve a proponer esta idea:

Han estudiado en detalle (precedidos en esto por Pfister) el modo en que el material de las representaciones sexuales procedentes de complejo familiar y de la elección incestuosa de objeto son empleados en la figuración de los supremos intereses éticos y religiosos del hombre; vale decir, han esclarecido un importante caso de sublimación de las fuerzas impulsoras eróticas y de su trasposición a aspiraciones que ya no pueden llamarse eróticas (1914: 59).

El Dios poderoso y cruel, la Diosa amable y protectora. Figuras comunes a quienes hayan estudiado los distintos predicados religiosos del mundo. Freud ve en ellos a la sublimación de las figuras parentales, de los distintos complejos que atraviesan



los primeros años de vida. En cierto sentido, esto ni siquiera se oculta: la religión católica reza “Padre Nuestro, que estás en los cielos”. La sublimación eleva a las figuras paternas hacia un intocable e incuestionable, solventa problemas con la autoridad infinita de un Dios y contribuye a la cohesión civil. Este eco común se basa en una sublimación social que perpetúa la imagen de los padres en sus aspectos terribles y bondadosos, quitándoles su ropaje individual y otorgándoles universalismo, características a las que todos los seres humanos podemos remitir.

Conclusiones.

Este capítulo engloba cuatro temas que merecen mayor extensión. Las miras de este trabajo son humildes, simples recopilaciones de los textos freudianos sobre estos temas.

El arte parece ser un resultado manifiesto de la sublimación. En ese sentido, como la sublimación atañe a las pulsiones, el arte nace de la sexualidad y la muerte: de los dramas infantiles, de la insatisfacción de los deseos, de la necesidad de expresión pulsional.

El artista va más allá de sí. Contribuye a la humanidad otorgándole fantasías universales, lugares a los que todos pueden remitirse. La sublimación (el arte) trabaja con sutilezas, no es expresión directa de la pulsión, toma desvíos y son en esos lugares donde gana su belleza y trascendencia.

Elegimos evitar ser conclusivos sobre las distinciones entre las personas. Que Freud haya distinguido entre personajes excelsos y comunes, homosexuales y heterosexuales y, finalmente, entre hombres y mujeres un hecho que se ha podido apreciar a lo largo de este trabajo. Nuestra posición ha sido más que explicitada.

La sociedad y la cultura misma parecen ser resultados de la sublimación. A esta conclusión solo puede llegarse si analizamos este proceso psíquico en su base: es el cambio de meta y objeto de una pulsión hacia otras desexualizadas y aceptadas por la sociedad. Libradas a su suerte, las pulsiones que rigen nuestro inconsciente harían imposible la convivencia. La sublimación utiliza la energía pulsional y la redirige hacia la cooperación, la ternura, los códigos compartidos, la fraternidad. El progreso de los pueblos parece estar profundamente arraigado al hecho de que sus habitantes puedan superar las demandas de su estrato más profundo y trabajar en pos de la humanidad.



La educación tiene que ver con esto. Que alguien tenga más o menos capacidad para sublimar se basa en la flexibilidad que posee la libido para abandonar metas y objetos, mudándolos a otros no sexuales. Por más, que Freud insista en que ciertas personas son talentosas por naturaleza, él mismo aclara que una educación rígida no contribuye a la civilización. La curiosidad y la necesidad de expresión son dos aspectos que el hombre trae consigo desde su nacimiento. La enseñanza temprana, planteada de forma más singular, dirigida hacia los intereses intelectuales y artísticos de los niños, pueden fomentar que los niños tengan mayor capacidad sublimatoria (nos referimos aquí a la sublimación contingente), con todos los beneficios que eso traería.

Sobre la religión hay tantas posturas como personas. Sin recaer en sus bondades y maldiciones, solamente diremos que la sublimación contribuye en su construcción de la misma manera que en la obra de ficción: los elementos de los complejos personales se “purifican”, ganando universalidad en relatos comunes en los que puede identificarse la masa.



VII. Otros Autores Psicoanalíticos.

Contextos en psicoanálisis.

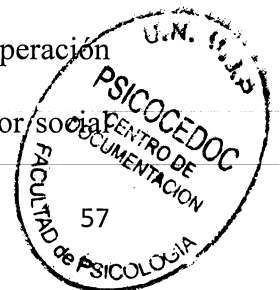
A continuación resaltamos los aspectos más importantes de *Contextos en Psicoanálisis: la Sublimación* (2004), publicación donde varios autores psicoanalíticos se refieren a la sublimación. Rodríguez Ponte en *Apuntes para una Teoría Freudiana de la Sublimación* discute sobre lo que él considera un “prejuicio” analítico, prejuicio que podríamos catalogar de positivo, el cual considera solamente lo benéfico, lo excelso, en la sublimación:

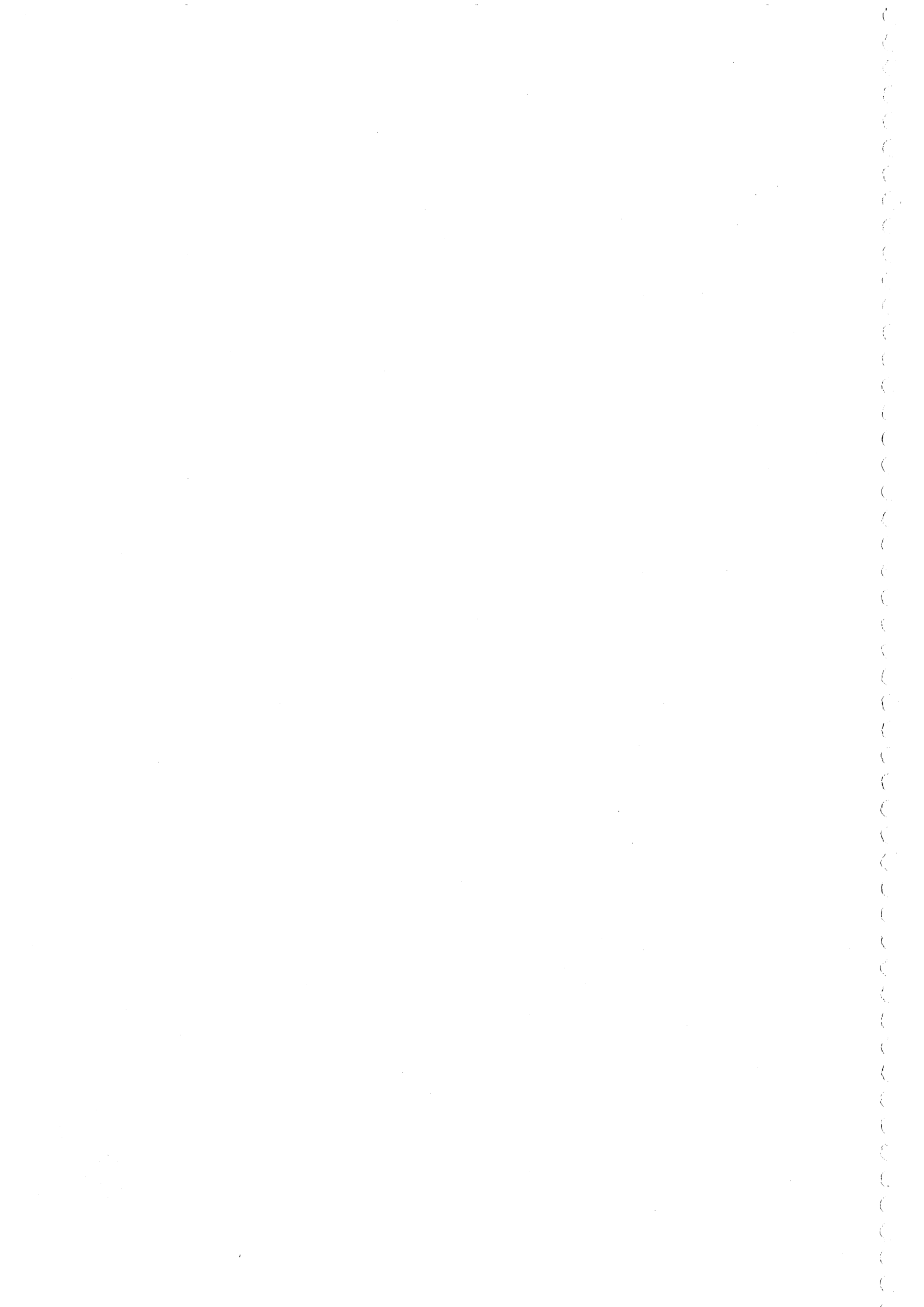
Digamos que, aunque nosotros, con los autores citados, nos resistamos a homologar lisa y llanamente la sublimación a un proceso que al conectar de manera casi inmediata con lo sublime corone de laureles el proceso de la cura constituyéndose en garantía indiscutible de las ‘altas virtudes psicoanalíticas’, no obstante percibimos algo así como una inclinación de considerarla como algo ‘benéfico’ para el sujeto (2004:50).

Rodríguez Ponte habla de la sublimación como un “quiste de optimismo” en la obra freudiana. Su trabajo se dispone revisar las bondades de este mecanismo psíquico. El autor justifica este optimismo freudiano a partir de la diferencia que tiene la sublimación y el síntoma: “la sublimación no se colma en su producto, repite el rehacerse, mientras que el síntoma, que también es un producto, repite el retorno”. Ni la sublimación ni el síntoma se detienen jamás. Si la sublimación es salud, que se ramifique hasta el infinito indicaría la razón del optimismo freudiano.

De este texto extraemos fundamentalmente una revisión sobre el aspecto social de la sublimación, esa cuestión de lo “socialmente valorado”:

Así, la identificación lisa y llana de la operación sublimatoria con lo elevado en el sentido del valor social





del producto sólo llevaría a confundir las cosas. Confunde precisamente el problema de la valoración con el del reconocimiento de dicho producto en el terreno del otro {...} (2004:19).

En este discurrir, cita a Piera Aulagnier:

{...}No puede decirse que la sublimación esté presente por el simple hecho de que el sujeto cargue su energía en una producción ‘simbólica’, si no define la relación que vincula lo creado al sujeto y lo que éste aguarda en cambio. A falta de esto, nada podría diferenciar la actividad autística {...} de la actividad del matemático que estudia la teoría de los juegos (2004: 19).

Rodríguez Ponte lo concluye de la siguiente forma: “Tenemos aquí entonces la clave para entender a este objeto de la sublimación: el sujeto le ha conferido a un objeto valor de representación de la Cosa” (2004: 35).

No basta para la sublimación que una persona se sienta absorbida por una actividad, que esta tenga una carga simbólica personal. La sublimación “regala”, otorga algo a la humanidad. Que esto sea efectivamente valorado o no es cuestión que el tiempo, los gustos y el público al que se le presente este objeto dirán. Pero en el acto sublimatorio hay una intencionalidad, una espera de recompensa.

Oswaldo Couso, en *Una Transformación que Nada Pide*, comienza haciendo una síntesis conceptual sobre la sublimación. Luego de enumerar sus puntos más importante dice: “La sublimación es la satisfacción de una pulsión, y no pasa por la represión”. Con esta aseveración diferencia al producto sublimatorio de la formación sintomática, planteando que la primera, por lo tanto, no es susceptible de ser interpretada ya que no es un resultado propio de la conflictiva psíquica del sujeto. Para Couso, la formación sublimatoria no atraviesa las censuras represivas que el yo impone al ello. Como conclusión el autor propone a la sublimación como: “una aptitud de la pulsión, una

flexibilidad, la capacidad de cambiar un fin y un objeto (sexuales) por otros (no-sexuales)” (2004:56). Tal y como propusimos a lo largo de este trabajo, la flexibilidad pulsional es la característica que, por excelencia, define a un sublimador.

López hace referencia constante al producto sublimatorio como un “más allá” del legado paterno. El autor, haciendo referencia al padre del psicoanálisis, dice: “Freud marca claramente una diferencia entre llegar más lejos que el padre, condición del proceso de sublimación, y superar al padre que permanece como prohibido”. Con esto entendemos que todo producto sublimatorio implica un ir más allá en la cultura, una innovación en donde se escapa al legado paterno. Sin embargo, cuando se plantea el hecho de no superar al padre, se hace referencia a que de esta manera, no se entra en el terreno de lo prohibido por la cultura, lo ilegal. Es decir, no superando al padre y si yendo más allá de él, se produce una innovación que no es ilegal, no rompe las estructuras limitantes que una sociedad posee para marcar lo permitido de lo no permitido. Así es que entendemos a las obras de arte o a las producciones científicas innovadoras como aquellas que van más allá en la cultura, generando así distintos cambios para una sociedad. La vanguardia, sea del tipo que sea, no implica la negación de las bases más firmes de la cultura: sus prohibiciones.

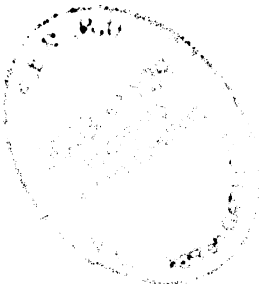
Jacques Lacan: la Cosa.

Para dirimir la cuestión de la valoración podemos diferenciar entre objeto y Cosa a partir de la fórmula acuñada por Lacan (1959): “la sublimación eleva un objeto a la dignidad de la Cosa”.

La idea de Cosa nos remite a pensar en aquello que escapa al aparato significante, lo irreductible a la significación, aquello del orden de lo real. El goce aquí descrito se refiere al más allá del principio del placer freudiano, a lo traumático o imposible de ligar. En el momento en que un artista utiliza distintos materiales y mediante una técnica da nacimiento a una obra de arte lo que hace allí es dignificar al objeto que hasta el momento carecía de valor personal, social o mercantil.

En *La ética del psicoanálisis* Lacan expone:

[...] la sublimación, que aporta a la pulsión una satisfacción diferente de su meta, es precisamente lo que revela la naturaleza propia de la pulsión en la medida en



que se relaciona con das Ding como tal, con la Cosa en tanto que ella es diferente del objeto (1959:138).

Pensamos a das Ding a una realidad muda, irrepresentable, desvinculada del sujeto. Esta ajenidad en última instancia pertenece a nuestra propia pre-historia. El autor señala esta historia previa a advenir como sujetos deseantes que tiene como condición necesaria la pérdida del objeto incestuoso.

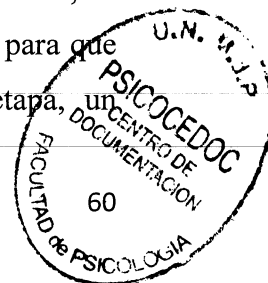
Son varias las caras de das Ding: será objeto causa de deseo, el objeto perdido, el “otro prehistórico e inolvidable” de la carta 52. Es lo que el sujeto trata de volver a encontrar, es el objeto perdido incestuoso (Figueredo 2009: 143).

Es entonces das Ding, como señala Figueredo, un objeto causa de deseo. ¿Cómo representamos a esta Cosa que escapa a las lógicas del bien y el mal, a la lógica de la razón? Entendemos que es la expresión artística la encargada de crear esta ficción. Una ficción verdadera (que porte plenitud) podrá recubrir el vacío y cercar la Cosa. Así podemos concebir una concepción de lo bello como basado en una aproximación a tal Cosa. Recordemos que la parte de la pulsión sublimada pudiera ser mortífera siendo en este caso lo bello una obra horrorosa. Tal acercamiento/cercamiento abre las puertas de la dimensión deseante de ahí que remarquemos en el presente trabajo la importancia del mecanismo sublimatorio.

Jean Laplanche. Problemáticas III: la sublimación.

El texto elegido es la transcripción de una serie de cursos que Jean Laplanche disertó en la Universidad de París en el decenio de 1970. Su objetivo era, como bien lo dice su título, problematizar al psicoanálisis. El 4 de noviembre de 1975 comienza a tratar la sublimación.

Desde el principio ubica que el problema de la sublimación es, también, la simbolización. Sobre esto último dice: “...creemos dilucidar dos condiciones para que una simbolización pueda ser verdaderamente tal, es decir, marcar una etapa,





franqueamiento, la accesión a un nuevo estatuto.”(2002:24). Simbolizar, bajo esta noción, permite evitar ciertos escollos expresivos que censuran el sentido de un mensaje cualquiera y, a su vez, tiene un nuevo estatus, una vida propia.

¿Qué es lo que se simboliza?, pregunta Laplanche. Sobre esto responde que hay dos visiones en psicoanálisis: la primera, clásica, dice que lo que se sustituye es un complejo de representaciones por otro. Dentro de la enseñanza psicoanalítica, el síntoma neurótico es un fiel representante de este desplazamiento de sentido.

La segunda respuesta proviene de la angustia, el famoso “monto de afecto”. Se suele decir, según Laplanche, que lo que se liga es un afecto flotante a una simbolización.

Laplanche pasa a dar dos advertencias. La a considerar: sobre el símbolo como intercambio de representaciones dice que hay que diferenciar entre lo individual y lo transindividual, las simbolizaciones colectivas que persisten (Freud mismo habló sobre ciertos símbolos comunes en muchos de los sueños neuróticos).

La segunda advertencia la hace sobre la ligazón de la angustia, cuando lo que se representa en un símbolo es un afecto. Oponiéndose a la idea demasiado metafísica de un afecto libre, primordial y no ligado dice: “...lo que aprehendemos, en la clínica y en psicoanálisis, con la angustia, no es una angustia originaria, no ligada porque nunca habría sido simbolizada, sino siempre *momentos de desimbolización*” (2005:25) Justamente, el ataque de la angustia es un momento central para la formación del síntoma porque este afecto “desimbolizado” llama a la simbolización. Bajo esta lupa, y esto es reflexión nuestra, todo arte merece un punto de partida angustioso. Más allá del derrotero de cada artista (y con artista hablamos en término amplio), sería la desimbolización angustiosa la que llama a la conformación de nuevos símbolos. Podríamos equiparar, en su punto de partida y objetivo, una pintura o pieza musical con un síntoma.

Al hablar de “sublime” Freud refiere tanto a la estética como la química. En este último caso se refiere al pasaje directo de un cuerpo sólido a uno gaseoso (2002:31). Laplanche pasa entonces a dar la definición de sublimación del Diccionario que elaboró junto a Pontalis:

Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía



en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividad de sublimación principalmente la actividad artística y la investigación intelectual. Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin no sexual y apunta hacia objetos socialmente valorables (2002:32).

Este concepto es enteramente problemático por un número de cuestiones que Laplanche señala: primero, la relación de lo sexual con lo no sexual, como se pasa de uno al otro; cómo transita la pulsión hacia actividad de naturaleza no sexual.

En segundo lugar, se nos presenta la cuestión de la valoración social, componente omnipresente en toda definición que da Freud de la sublimación. Siguiendo esta lógica, una actividad artística no valorada o un *hobby* no sería una sublimación. De no ser sublimaciones, ¿tienen otra definición necesaria? Cabe preguntarse, entonces, la naturaleza de la valoración social: ¿utilidad?, ¿reconocimiento del otro?, ¿valor de mensaje?

Lo que se pone en juego en la sublimación es, a la vez, una metapsicología y una teoría de los valores (2003:33).

Laplanche pasa entonces a revisar el concepto de pulsión freudiano: la sublimación es uno de los destinos de pulsión, una elaboración que busca evitar su descarga directa.

Meta y objeto no son lo mismo: la segunda es una cosa, la primera es una acción. La meta es verbo, el objeto sustantivo (2002:35). Aunque la meta “inmediata” sea la satisfacción de la pulsión y todo termina subordinándose a esto, hay otras acciones bien definidas y particulares de la pulsión.

En la sublimación hay una mutación de la meta (2002: 36), de una sexual a una no sexual. También existe lo que Laplanche denominó como “inhibición respecto de la meta”, donde la pulsión no cambia de meta pero la secuencia que lo lleva a esto se frena. Los vínculos de ternura han sido un ejemplo que supimos remarcar en este trabajo.

El objeto es lo que le permite a la pulsión alcanzar su meta. Laplanche descarta que su definición sea biológica y admite que, a raíz de una historia libidinal particular,



puede alcanzar especificidades muy extremas (2002:36). El objeto es intercambiable y se dice que a determinada meta pulsional le corresponde un “tipo” de objeto (2002:37). La sublimación como proceso no solo atraviesa a la meta sino que también al objeto mismo: este también se transformará.

La fuente refiere a un proceso somático, una excitación corporal, que va a ser representada psíquicamente por la pulsión (2002:37).

“Desexualizar” significa separar a una pulsión de su fuente, de su objeto, de su meta y cambiarlos por otros (2002:41). Laplanche pasa a dar un ejemplo:

Una pulsión sexual, por ejemplo la pulsión anal, se ejerce desde una fuente: una zona corporal y una función bien precisa. Pero admitimos que la analidad (y no simplemente la pulsión anal, ni tampoco el placer directamente anal) pueda separarse de esta zona para sólo conservar, ya lejos de su origen, sólo el esquema de una acción, particularmente la de expulsar o de conservar algo. En el esquema clásico de cierta actitud por el dinero, postulamos entonces que una pulsión puede separarse completamente de su fuente, sin cambiar por ello de naturaleza (2002: 41).

Sin ser, en esta demostración, la “analidad” lo que suscite actitudes de avaricia (retención), se muestra que algo de esta ha quedado en el presente de un sujeto. La pulsión permanece pero la zona (fuente) de dónde provino esa excitación ha cambiado su locus.

Laplanche remarca que lo esencial en el concepto de sublimación es el cambio de meta; el abandono progresivo de una meta erótica: primero se atenúa, luego se inhibe y finalmente se cambia (2002: 41).

A continuación, en base a da Vinci, repasa los tres destinos posibles de la curiosidad sexual infantil: la inhibición del pensar, la compulsión neurótica del pensamiento y la sublimación del pensamiento (2002: 43).



Sobre la represión de la sexualidad, Laplanche dice que existe en la sublimación pero no es total: algo de la libido se libera y, siguiendo a Freud, “escapa al destino de la represión sublimándose desde el comienzo mismo en un apetito de saber y sumándose como refuerzo a la vigorosa pulsión de investigar” (2002: 43). Freud remarca que este investigar sublimado es una compulsión y sustituto del quehacer sexual pero no se puede reducir a la neurosis.

Laplanche subraya lo contradictorio de este concepto de investigación sublimada: es una compulsión que escapa a la obsesión. Por ser compulsiva, algo de la represión sigue existiendo. La intelectualidad sublimada escapa al objeto sexual. La diferencia, entonces, se hace muy difícil: ¿qué distingue al intelecto sublimado del obsesivo? Laplanche lo soluciona de la siguiente forma: mientras que en la neurosis se sexualiza al pensamiento, en la sublimación se desexualiza a la investigación sexual infantil (2002: 44).

Más adelante, todavía en el tema de la investigación sexual infantil, el autor se centra en un problema típico del psicoanálisis cuando se centra en la sublimación, esto es, el papel de la represión:

Hay verdaderamente allí algo muy sutil: ¡la sublimación no es una represión y existe sin embargo un retorno! Voy a esquematizar: no es una represión, es decir que en el lugar mismo donde algo ha sido reprimido no surge un Ersatz [sustitución] bajo la forma de un síntoma; sin embargo, hay una represión de una parte de la actividad pulsional; en particular, y especialmente, represión de la parte que constituía una investigación dirigida a un objeto propiamente sexual, es decir una represión concerniente al objeto, una vía bloqueada. Y hay incluso un Ersatz, pero, se podría decir, por derivación, por vía colateral, y no un síntoma neurótico, que se produce allí donde sobreviene la represión (2002:113).



Ser categóricos, afirmar que “existe” o “no existe” represión parece ser excesivo. Se da la convivencia entre ambos fenómenos y, en el caso de la investigación, la represión acecha al objeto: la investigación se desexualiza y se dirige a nuevos rumbos, el interés sexual, fuere cual fuere, se reprime y en su lugar surge una suerte de sustitución no sintomática. Un poco más adelante (2002, 114), Laplanche concluye que la sublimación es un destino posible para una “parte” de la pulsión. Decir “parte” nos alivia de pensar en una pulsión sublimada o no sublimada: la represión atañe al objeto sexual de la pulsión y por eso es insuficiente pensar que la sublimación es un retorno de lo sexual a lo no sexual; tal y como lo dijo sobre el símbolo, lo sublimado tiene un status novedoso, lo creativo es, necesariamente, nuevo.

Sobre el momento en el que surge la sublimación: Laplanche plantea que la misma es precoz: “Creo que habría que intentar concebir la sublimación produciéndose en el momento mismo en que aparece la excitación sexual, en el tiempo de la pulsión parcial sexual” (2002: 114). Eso no significa, según este autor, que la sublimación esté dada de una vez y para siempre: cualquier individuo puede crear y la sexualidad no se detiene en la infancia sino que puede irrumpir con violencia en cualquier momento de la vida. Así lo señala Freud como lo consignamos en el primer apartado y al hablar de las sublimaciones perdidas por Schreber. Cuando esta sexualidad reaparece, la sublimación es posible. Por eso Laplanche prefiere cambiar la nominación: de “precoz” pasará a decir “originario”, dando a entender que la sublimación estará cerca del origen (la pulsión parcial) pero aclarando que eso no implica una cronología específica (una pulsión parcial puede resurgir espontáneamente a cualquier edad).

Otro tema que suele comentarse es la supuesta “competencia” entre sexualidad y sublimación. Algo escribimos al respecto en el apartado sobre la perversión. En efecto, siguiendo el esquema freudiano, parte de la sexualidad se escapa por la sublimación. En ese sentido, dice Laplanche, deberíamos encontrar en una persona creativa una merma en su sexualidad de modo análogo al razonamiento de Freud que comentamos en capítulos anteriores, sobre la sociabilidad de los homosexuales. Esto efectivamente ocurre pero, comenta, en otros casos se da un complemento entre ambos: de ahí que Laplanche diga que la sublimación “está ligada a una suerte de neogénesis de la sexualidad” (2002: 115). El autor no elabora sobre este concepto diciendo que éste y la cuestión de sublimación y perversión serán temas inconclusos en su seminario. Nosotros interpretamos que Laplanche determina que, en ciertos casos, la sublimación revitaliza la sexualidad ¿Cómo? Permitiendo la satisfacción de las pulsiones parciales contribuye



a la síntesis genital ya que la libido de índole perversa no va a ser seccionada y reprimida sino que podrá encontrar satisfacción en otras actividades no sexuales. La sexualidad del individuo, entonces, no se verá trastornada y una satisfacción directa relativamente normal será posible.

No obstante, Laplanche nos da la pista de lo que quiso decir con “neogénesis de la sexualidad”.

¿No se podría decir también de la actividad sublimada, que ella es una suerte de sustituto del primado genital, una manera de coordinar las actividades pregenitales bajo una especie de primado, el de una obra, de un trabajo, de un resultado por alcanzar, pero una síntesis que, a diferencia de la síntesis genital, se produciría tal vez bajo el signo de la represión o de la renegación, precisamente bajo el signo de la renegación de lo genital? (2002: 117, 118).

El hecho de que esta síntesis genital involucre “el signo de la represión o de la renegación” sonaría extraño si Laplanche no hubiera aclarado que en toda sublimación hay efectivamente una represión que atañe al objeto originario sexual. A continuación reflexiona sobre la belleza: esta, según Freud (los indicamos en el apartado VI), tiene un origen en la contemplación de los cuerpos. El arte contemporáneo reniega de la presencia de los genitales en la obra pictórica y pasan a considerarse desagradables. Nuestro autor plantea que la condición de la belleza estética es el ocultamiento de los genitales, tal como cómo indicamos que Freud lo postulaba.

Si Laplanche tituló a su disertación “*Problemáticas*” fue debido a su intención de apertura a la creación de nuevas significaciones. Lejos de aseverar “a entonces b”, comenta varios aspectos confusos o incompletos de la obra de Freud que pasamos a comentar.

El autor compara a la sublimación con la formación reactiva y con la inhibición de meta (2002: 124,125). Ninguna de ellas resulta ser sublimación: las formaciones reactivas son una suerte de formaciones caracteriales, “reverso pulsional”, que se



encarga de mantener a la pulsión bajo una capa; la inhibición de meta reemplaza la meta pulsional por otras preliminares y/o circunstanciales pero mantiene su objeto intacto. La inhibición de meta es, con suerte, una etapa de la sublimación, dice Laplanche. El gran problema de la sublimación estriba en que se reemplaza la meta, el objeto y la fuente por lo que solo quedaría la energía sexual... desexualizada. Esta es una de las aristas que habrían quedado oscuras en la obra freudiana.

Otro punto silencioso en Freud es la relación del psicoanálisis con lo nuevo (2002: 126): Laplanche sostiene que el psicoanálisis es una interpretación reductora, todo lo que existe en las personas es una combinación más o menos feliz de repeticiones y elementos de su historia. Problematiza, sin por eso negarla, a la “novedad” en el movimiento sublimatorio. Denuncia allí una confusión que involucra un componente que no suele quererse en este tipo de explicación, a saber, el azar. Si de creencias se trata creemos nosotros que en lo novedoso se esconde siempre algo de lo pasado más no por eso deja de ser novedoso. De allí partimos para pensar la idea de un cambio, un movimiento subjetivo que aproxime al sujeto, aunque asintóticamente a su verdad.

Laplanche pasa a preguntarse por la distinción entre un síntoma y una sublimación y parece diferenciarlos únicamente en una cuestión de ego sintonía y ego distonía (2002, 132). Como esta explicación le resulta insuficiente, hace un breve repaso de la postura kleiniana sobre el problema para nutrirse sobre estos dos conceptos. En 1923 Melanie Klein define a la sublimación como “Un investimento simbólico-sexual de una tendencia o actividad perteneciente a las pulsiones del yo” (2002: 132). Laplanche dice que, según esta autora, la actividad sublimada supone objetos y metas indirectamente sexuales.

La autora supone una serie progresiva en la génesis de la actividad sublimada: identificación, simbolismo, fijación (2002: 133,134). La identificación es entre un objeto/actividad sexual y un objeto/actividad no sexual, por ejemplo, la genitalidad con la oralidad. El símbolo viene a constituirse después, desprendiéndose de lo sexual. Es en este momento, el del símbolo, se constituye el objeto que va a representar esa identificación (por ejemplo un cuadro o escrito).

El tercer momento de la sublimación es la fijación, entendida de forma distinta que la fijación neurótica: las tendencias placenteras, lejos de insistir en repetirse a lo largo de la historia (sin tener en cuenta el principio de realidad) se “transfieren” al Yo, se convierten en tendencias del Yo.



Klein habla de tres condiciones para que se dé el acto sublimatorio: una identificación temprana y profunda con los objetos circundantes (lo que implica, según Laplanche, la posibilidad de una fácil reconversión de libido narcisista en objetal); la capacidad de mantener la libido en estasis, en suspensión; finalmente una “complacencia yoica”, una aptitud o receptividad del Yo para acoger distintas tendencias pulsionales (2002: 135). Es este último factor el que Klein compara con el talento y no duda en denominar constitucional.

Existen, según la autora, fijaciones inconscientes que, gracias a esta complacencia yoica, pueden ser descargadas a través de la sublimación. Fijaciones, entonces, las hay pero resultan desexualizadas, egosintónicas y fusionadas con una tendencia yoica. La sublimación no niega las fijaciones sino que las acopla con la complacencia yoica.

Interpretamos esta conclusión de la siguiente forma: un punto de fijación cualquiera insiste en una determinada forma de satisfacción desinteresándose completamente de la realidad. El Yo apto para la sublimación acepta la fantasía o actividad que el punto de fijación propone pero no le da una descarga directa sino que, al tomarlo en su seno, le da otra posibilidad desexualizada.

Klein agregará que este Yo tendría una suerte de “aptitud” para la sublimación que parece ser constitucional (éste término es usado por la autora como sinónimo de genética, por lo menos en lo que Laplanche cita). Quienes escribimos este trabajo creemos que el talento existe de forma variada: la especificidad propia del arte admite que cada persona tenga el suyo, dada la singularidad que reviste a cada sujeto. De ser así la complacencia yoica no se destina a ciertos seres humanos superiores (conclusiones que Freud sacó en su momento y que Klein no duda en seguir) sino que el verdadero problema es encontrar el cauce sublimatorio propio. También hay, por supuesto, inhibiciones propias a la capacidad de sublimar: ya hemos hablado de las relaciones entre represión y sublimación pero tomamos precauciones en asumir que esas inhibiciones son propias de la biología.

Más adelante, Laplanche indaga aún más sobre las relaciones entre el Yo y la sublimación. Citando a Freud, dice que el Yo “funciona con la energía en estasis, con la libido desexualizada y sublimada” (2002: 140). Si la libido es “no sexual” es porque ya no se encamina hacia la descarga (y a la muerte) sino que va hacia la supervivencia, el crecimiento. La sublimación, dice, parece ser el triunfo de las pulsiones de vida sobre



las pulsiones de muerte, la investidura en objetos estables en contra de la inestabilidad inconsciente.

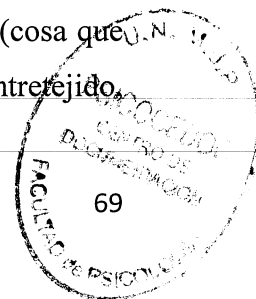
Si la cultura es el conjunto de normativas y operaciones que nos protegen de la naturaleza y regula nuestra vida en sociedad (2002: 142), la sublimación puede ser “la búsqueda de una vía cultural más directa, menos represiva...” (2002: 187). Detrás queda el concepto de sublimación versus represión y podemos enfocar el problema de la siguiente forma: sin contar el núcleo represivo necesario para la supervivencia social, la sublimación es el modo más amable de destino pulsional; su fortaleza disminuye el rango de acción represivo o, para decirlo en otras palabras, a más sublimación menos (pero jamás nula) represión.

Conclusiones.

Dado que las sublimaciones contingentes parten del yo, en tanto instancia en contacto con la realidad y los otros, podemos suponer que la transformación de la pulsión buscaría una valoración, esperaría algo a cambio. Dicho valor en primera instancia constituye una creación de sentido que posee efectos subjetivos deseables. En un segundo movimiento indefectiblemente pudiera el valor enlazarse al campo del otro precisamente por el carácter constitutivo del lazo social en el aparato psíquico. Aun en ciertas personalidades cuyo superyó hubiese estado regido con el imperativo categórico del gozar en forma absoluta (cuando comande la pulsión de muerte) se estaría buscando la veneración. En estos casos lo más repudiable, paradójicamente, despertaría el interés de aquellos que no osan de concretar sus mociones más perversas.

Queda argumentado lo anteriormente expuesto a partir de la fórmula lacaniana de “elear el objeto a la dignidad de la Cosa”, siendo la Cosa aquello que escapa a la potencia del significante, lo no representable. Concebimos a aquella, en nuestros términos, más bien dinámicos, como *punto angustioso genético del proceso sublimatorio*. Dado el peso específico de la obra de Lacan en los desarrollos psicoanalíticos post-freudianos consideramos importante mencionar sucintamente en el presente apartado su definición de la Cosa, no obstante, decidimos detenernos allí puesto que merecería un análisis que excede los límites de este trabajo.

Hacia el final del libro, Laplanche propone sus conclusiones. La sublimación como destino no implica un retorno, un repliegue de lo sexual a lo no sexual (cosa que implicaría una reducción) sino que, al contrario, resulta “una suerte de entretejido





desde el origen, entre lo no sexual y esta fuente permanente de lo sexual” (2002:39). La sublimación implica algo novedoso. Llámesele azar o creatividad, la sublimación no es mera reproducción de algo tácito sino que encara una transformación, la gestación de algo anteriormente ausente en el mundo.

La sublimación implica “una neocreación repetida, continua, de energía sexual, por tanto una reapertura continua de una excitación, y no la canalización de energía preexistente” (2002:39). La fuente nunca se agota porque la pulsión misma nunca obtiene su satisfacción, el perfeccionamiento artístico es la expresión de una fuente pulsional que se realimenta con cada obra y que no descansa nunca.

La sublimación nace del traumatismo. Esto, se lamenta Laplanche, no pudo elaborarlo en su seminario. Lo que rescatamos es la idea de que ante la aparición de una energía masiva que el aparato psíquico no puede tramitar (el trauma) surge una compulsión a ligarla. Esta compulsión puede tomar muchas formas. La sublimación es una especie de compulsión simbólica, una necesidad de ligazón metafórica. Como el trauma no es totalmente ligado (el aparato psíquico falla en esto), se repite a lo largo del tiempo junto con su compulsión sublimatoria.



VIII. Conclusiones Finales.

Antes de pasar a nuestras hipótesis haremos una síntesis de lo que hemos visto hasta ahora en este repaso de la obra freudiana. En este punto podríamos dar nuestra propia definición ampliada de la sublimación en dicha obra como *un proceso psíquico en cual se intercambian la fuente, meta y objeto originarios de una pulsión por otra fuente, meta y objeto, valorados por la sociedad. La sublimación se enfoca en las pulsiones de objeto (heterosexual, homosexual e incestuosa) y trata tanto con el erotismo como con la agresión. Su origen es temprano (paralelo a las primeras pulsiones parciales), contribuye a la formación de las distintas instancias del aparato psíquico (ideal del yo, superyó, carácter, diques anímicos, etc.) y participa de distintos fenómenos psíquicos (identificaciones, transferencias, fantasías), de la cultura (arte y ciencia), la sociedad (pulsión social) y la religión.*

La sublimación resulta una forma de tratar con las pulsiones que produce el mayor grado de satisfacción posible luego de la descarga directa. Es decir, constituye el segundo mejor destino posible de pulsión. Recordamos que la sublimación (del mismo modo que la descarga directa, la formación reactiva y la represión) nunca es total ni en el aparato psíquico ni dentro de una misma pulsión (ésta puede tener aspectos reprimidos y sublimados en forma simultánea). Este proceso corre con la ventaja de la cercanía entre el objeto primario de la pulsión y el nuevo objeto no sexual. La relación “genética” que los une ayuda a la satisfacción sin la deformación del síntoma neurótico.

A diferencia de lo que ocurre con la solución sintomática, en el producto sublimatorio se aliviana la tensión entre instancias psíquicas dejando al yo la energía disponible para lidiar con las exigencias de la realidad. Esta nueva libido de objeto sublimada supone una novedosa forma de apuntalamiento: contrario a la fórmula clásica, esta vez es lo no sexual lo apoyado en lo sexual.

El yo es la instancia psíquica que suscita el sublimar: lo hace para lidiar con la pulsión que por efecto de una realidad adversa ha perdido la satisfacción en su objeto. Esta manera de proceder enfrenta a la sublimación con el obstáculo de la viscosidad libidinal: la energía sexual puede concentrarse en un objeto, en el yo (narcisismo) o en un ideal y negarse a cambiar de rumbo. La sublimación, entonces, tiene como condición primera la posibilidad de desplazamiento, la flexibilidad de la libido.

El origen de la sublimación es la pulsión parcial y, por ende, la perversión. Freud se alza en contra del mito sobre el perfeccionamiento humano: cada persona lucha para



mantener a raya sus pulsiones antisociales. Esta lucha lleva a edificar cada vez más logros humanos pero no significa ni el fin del germen perverso ni la imposibilidad de su retorno en distintos momentos de la vida.

Existen dos conceptos que suelen ser confundidos con la sublimación: la formación reactiva y la pulsión de meta inhibida. La formación reactiva es un constructo no sexual (de ahí que Freud la llame subvariedad de la sublimación) que busca detener en vez de satisfacer la pulsión.

La pulsión de meta inhibida sigue unida a los objetos originales pero su meta y fortaleza se ven atemperadas, dando lugar a expresiones sexuales reducidas (la ternura o la amistad, por ejemplo). Creemos que éste es un paso intermedio en la sublimación, un primer momento donde ya comienza la desexualización, aunque no alcanza todavía sus máximas posibilidades. Esta meta inhibida puede relacionarse con el fenómeno de la transferencia: según el grado de sublimación que alcancen los sentimientos que se depositan en la figura sustituta la emoción se presentará de forma más “pura” o amortiguada.

Esto nos lleva al punto de la terapéutica. El análisis promueve la tramitación de las pulsiones antisociales a través de la palabra. Haciendo conscientes nuestras propias representaciones ocultas se levantan las defensas, se desmarañan los síntomas y la libido puede encontrar nuevas formas de expresión. Si la descarga directa no es posible, la sublimación puede ser un sustituto digno que, además de contribuir al destino de esa libido renovada, ayuda por añadidura a la síntesis sexual genital, ya que las pulsiones parciales encontrarían una forma de satisfacción que no amenaza la genitalidad adulta.

Mención aparte merecen los pacientes psicóticos. Los delirios que pueden verse en estas personas son, para Freud, demostraciones de la destrucción (involución) de las sublimaciones por la liberación de libido homosexual no ligada en el aparato psíquico. El trabajo en sublimación puede servir como un intento de reparar aquella involución.

Cabe señalar aquí que no sugerimos “empujar” a todos los pacientes a sublimar de la misma manera. El encuentro con la angustia no debiera de ser domeñado, o adoctrinado por parte del analista. Será el propio deseo del sujeto quien guiará o no hacia las vías sublimatorias. Será un vínculo transferencial sublimado el que abrirá paso al acontecimiento, a lo novedoso, a la transformación.

Algunos interrogantes.



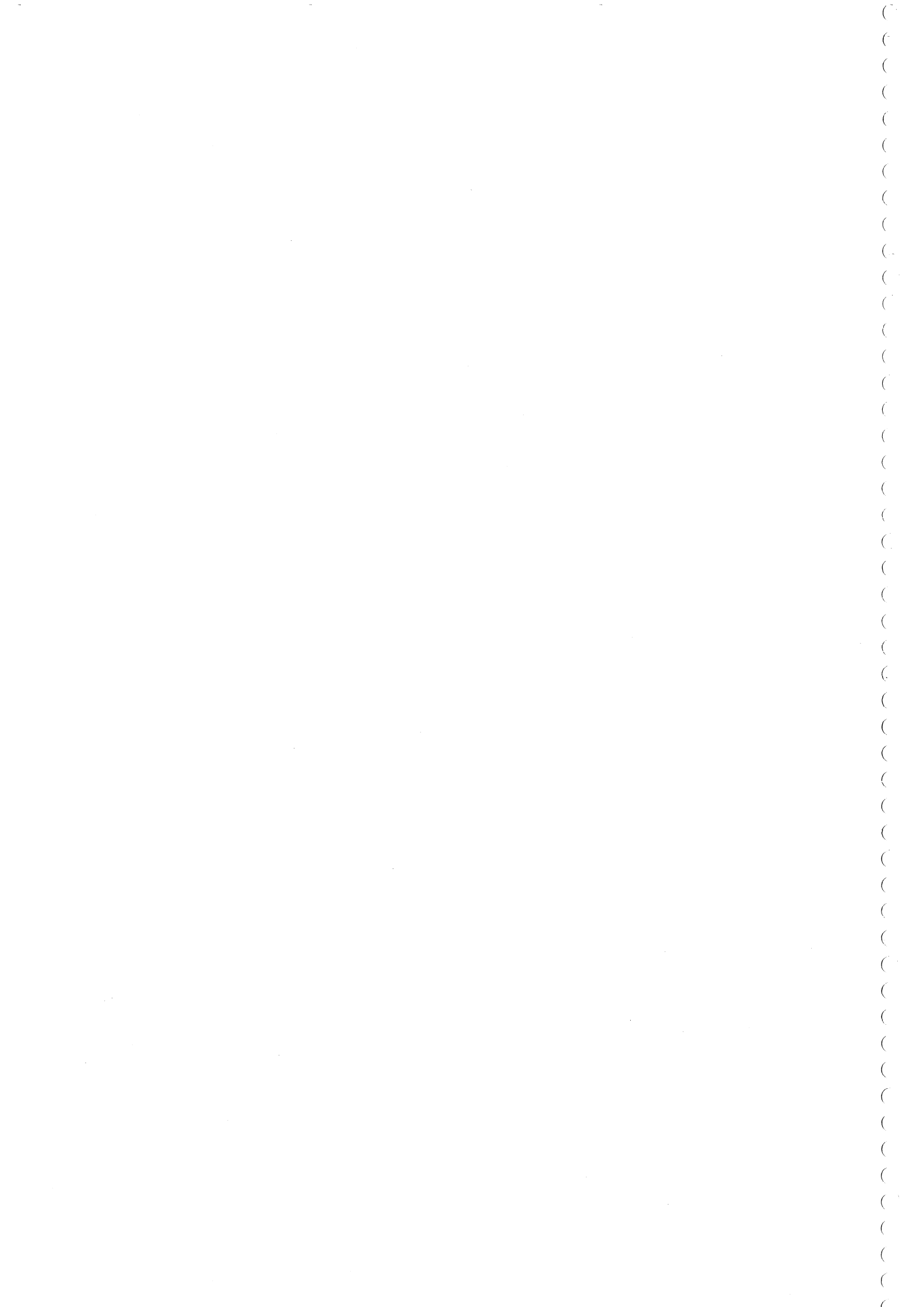
En nuestra revisión encontramos varias alusiones, más y menos discretas, sobre las opiniones personales de Freud, algunas que, creemos, no poseían otro rigor que el propio juicio. Un juicio legitimado por la autoridad que reviste su persona, en tanto fundador del edificio teórico psicoanalítico. Surgen entonces puntos grises, vacíos, que nos cuesta aquí significar.

Una cuestión menor. El autor incluye en el mundo de las artes a la música, la literatura y el arte visual. Freud no se ahorra las menciones a Dostoievski, Goethe, Leonardo, etc. Otro tipo de disciplinas artísticas no son mencionadas. No hace mención, por ejemplo, de las artes marciales u otras disciplinas deportivas en general. Será materia de otros trabajos el análisis de dichas áreas a la luz de la teoría psicoanalítica.

En segundo lugar, Freud acepta la homosexualidad como un factor constitucional del hombre. Se nos presenta un interrogante, que aun no dirimimos, cuando el autor plantea que los homosexuales solo tienen inclinación social cuando se encuentran abstinentes o han desahado plenamente los sentimientos sociales del objeto elegido. ¿Podemos pensar esto último como un prejuicio? Nos inclinamos a considerar que aquello sería más bien un error teórico. Freud podría quedarse preso aquí en una visión cuantitativa. Esto es extraño ya que en otros textos aclara que el artista puede sublimar y experimentar una sexualidad plena al mismo tiempo. ¿Por qué sería más difícil en una persona homosexual? El basamento teórico puede ser el siguiente: la libido homosexual (no ligada a un ideal o al narcisismo) destruiría las sublimaciones que admiten la fraternidad, la amistad, la camaradería. En algunos ejemplos esta sexualización de la pulsión social puede tener efectos graves, al punto de la psicosis. Pero admitir esta tesis sin reflexionar sobre ella nos podría llevar a pensar que una persona homosexual buscaría la satisfacción absoluta y salvaje de sus pulsiones. Además, si la libido homosexual obtiene satisfacción directa, ¿no podrá ser la inclinación heterosexual la que se sublima?

Otra cuestión a considerar es la visión que plantea Freud sobre el mecanismo sublimatorio en las mujeres:

Pero la experiencia también muestra que las mujeres, a quienes, en su condición de portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano, les es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión, y



{...} bajo las desilusiones del matrimonio contraen neurosis graves y que las perturban toda la vida (1908: 174).

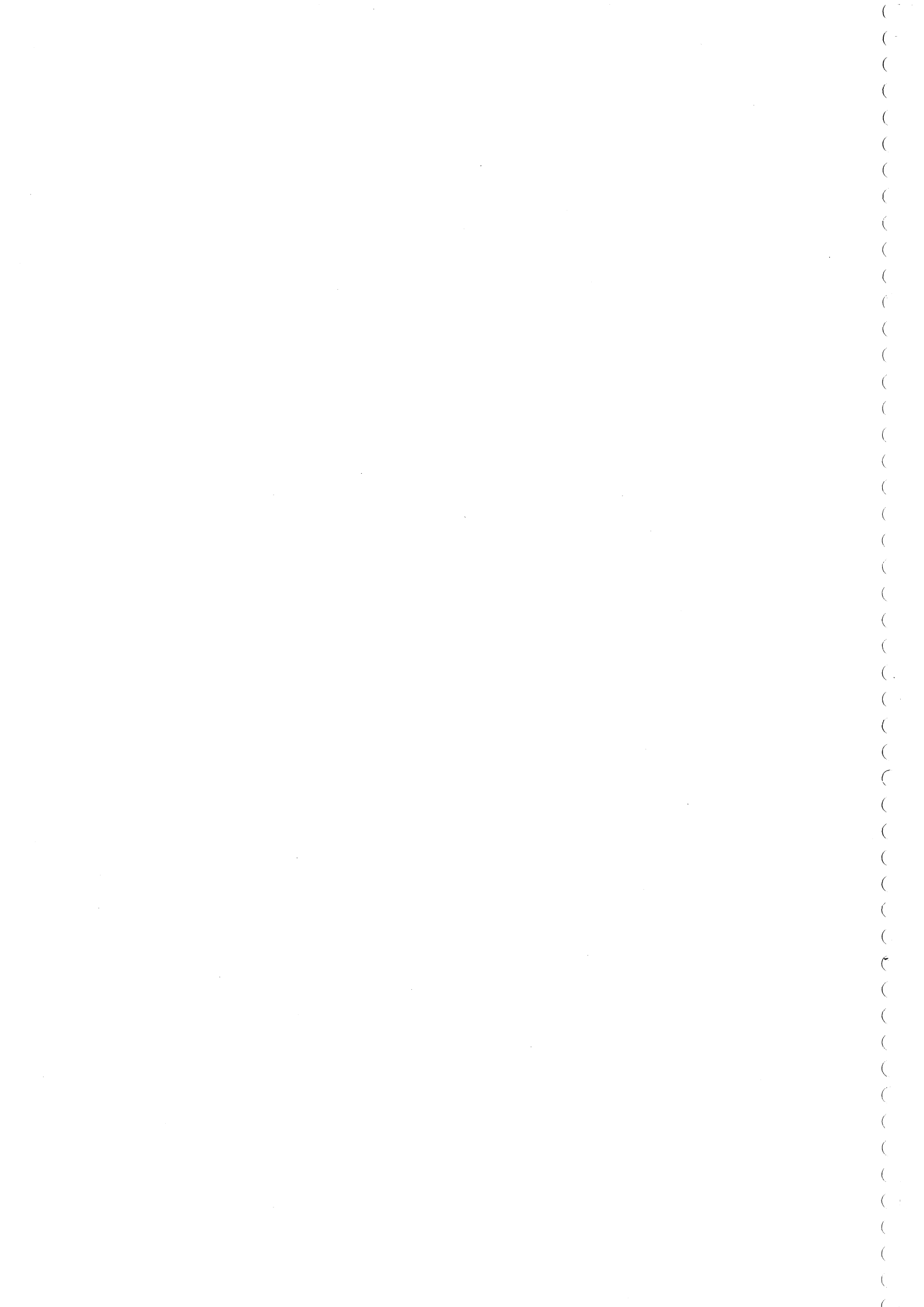
Podemos distinguir el sesgo de la época victoriana en sus dichos. Dadas las condiciones culturales en las cuales se veían inmersas las mujeres tendrían un menor talento para la sublimación. Al respecto plantea que su libido es inflexible y, al llegar a los treinta años, parece no haber vuelta atrás (1933b [1932]: 124,125). Freud culpa, en cierta forma, al “difícil desarrollo hacia la feminidad” como fuente de sus problemas con la sublimación.

Cuando habla entonces de las mujeres como “portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano” parece indicar que sus talentos yacen en otro sitio (sospechamos que se refiere a la maternidad) y no en la sublimación. Freud se muestra ambiguo al lamentarse por la suerte de la mujer: por un lado, denuncia que los matrimonios fallidos y la vida en la sociedad de su época la agotan de manera temprana; por otro, justifica este estado de cosas al dar como base constitucional una inferioridad sublimatoria.

Será parte de la hipótesis de este trabajo el hecho de que una persona adulta deba sus posibilidades artísticas/científicas a la educación temprana y a los primeros vínculos libidinales. En esta creencia, no haremos aquí distinciones entre hombres y mujeres.

Otro punto a resaltar es la cuestión del método: ¿Qué es lo que diferencia a un artista de un técnico? Respondemos: el valor de mensaje. Freud nunca dejó de destacar el aspecto social de la sublimación. Conjeturamos que, más que hablar de lo valorado, es preferible hablar de lo “valorable”. Hay innumerables cantidad de ejemplos en el cual ciertas expresiones artísticas, hoy comunes, fueron repudiadas en su momento.

Que una mancha de pintura sea o no arte reside en el artista mismo. Sea apreciado por miles o ninguno, el hecho de que la obra *expres*e ya nos da pauta para considerarla como sublimación ya que si seguimos el hilo de dicha expresión terminaremos arribando a un drama inconsciente. Se debiera de dar allí una “neocreación”, una transformación del objeto u obra como corolario de un movimiento subjetivo, una escansión. La obra de arte produce en quien padece ese encuentro con lo real. Recordemos que es justamente el síntoma una solución de compromiso ceñida exclusivamente a la repetición, si bien puede ser visto este como un movimiento



metafórico, el sujeto no participa activamente en esta “creación”. A través del arte el sujeto trabajará con las representaciones que le son propias (pero desconocidas). Estas serán bellas en tanto y en cuanto los fluidos libidinales emergen cual magma y recubran a la Cosa en un acto de demarcación.

Tres hipótesis.

Llegamos entonces a nuestras hipótesis. A partir de lo observado y analizado podemos señalar que la sublimación tiene un origen temprano, al punto de decir que donde haya pulsión parcial puede haber sublimación. De ser así, *conjeturamos que existe una sublimación estructural o primordial al momento de conformarse el aparato psíquico.*

¿Qué es lo reprimido? Aquellos aspectos de la pulsión cuyo advenimiento a la consciencia serían desastrosos para el yo y que no encuentran otra vía para la descarga. Pero no todo es reprimido. Ya mencionamos los cuatro destinos de pulsión freudianos (1915a: 122): el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la propia persona, la represión, la sublimación. Donde exista pulsión puede haber sublimación. El juego infantil, por ejemplo, como actividad desexualizada que contribuye a la elaboración de situaciones traumáticas, ¿no es acaso una sublimación?, ¿no son los juegos y la curiosidad infantil las bases primigenias del arte y la ciencia?

Si la represión primaria genera los puntos de fijación, una sublimación primordial o primaria contribuye a la flexibilidad libidinal, a una mayor posibilidad de desplazamiento. Entendemos a esta última como el reverso de lo reprimido primordial. La relación entre ambos mecanismos nos dará, si se quiere, el grado de fijabilidad de la libido a etapas de desarrollo y a los objetos que el sujeto catectice. Es esta sublimación estructural la que trabajará de diversos modos durante los avatares del complejo de Edipo y en su culminación con la diferenciación de la instancia psíquica tronco de identificaciones secundarias, su heredero, a saber, el ideal del yo.

Esta manera de ver las cosas considera al aparato psíquico y a la educación inicial de una forma más activa: que una persona adulta desemboque en el arte, ciencia o, muy al contrario, en el acatamiento superyoico, no es resultado de lo mucho que abarquen las primeras represiones sino que dependen también del lugar que tenga la sublimación. Justamente, como hablábamos en el capítulo II, una sublimación débil puede generar una desmezcla pulsional que dota de agresividad al ideal del yo.



Así, aventuramos la siguiente conjetura: *el grado de severidad del superyó estará determinado por la cantidad de sublimación estructural implicada en el proceso de su construcción*. La identificación al arquetipo paterno podrá estar mediada por una sublimación de tipo estructural así el ideal y el superyó serán más flexibles para aceptar la actuación del sujeto en el mundo. El ideal se vuelve más amplio, el superyó más permisivo. Ocurrirá lo contrario si lo que predomina en esa constitución es la formación reactiva.

Como sabemos, el ideal y el superyó tienen un componente social: los padres, la cultura y la sociedad son introyectados en instancias psíquicas. Freud vivía en una época en la cual la cohesión social se basaba en la disciplina estricta por lo que era de esperarse que sus neuróticos sufrieran por un superyó excesivo y cruel.

Distinguimos a lo largo de nuestra labor investigativa un segundo tipo de sublimación que caracterizamos como contingente u optativa. Consideramos que el desvío de las pulsiones en pos de la transformación y la creación, si bien puede presentarse en este tipo con un carácter opcional no sería por ello aquí desprestigiada. Aunque contingente, esta sublimación contribuye a la estabilidad del aparato psíquico ya constituido.

Un sistema educativo que fomentase la sublimación desde los primeros años de vida (a partir de la estimulación) podría esquivar las consecuencias nocivas de una educación basada en una moral represiva. Como testigos vivos de un paradigma educativo caduco vislumbramos el fracaso de la represión como método social de adoctrinamiento. Prácticas perpetuadas de saber-poder que empujan hacia la abulia y el narcisismo exagerado.

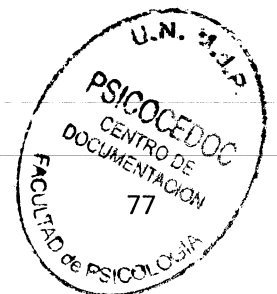
Es el discurso del Amo que se inmiscuye en las aulas, consultorios privados, hospitales y demás instituciones. La tentación por la utilización del significante Amo contamina la praxis psicológica. Reiteramos, según Freud, no era deseable la instigación a que el paciente sublime, digamos, no sería posible, al menos desde la postura anteriormente denunciada. En calidad de futuros profesionales de la salud mental, apoyamos, casi como un hecho político, la proliferación de currículas de estudio en las cuales se promueva el interés por la sublimación contingente.

Lo difícil de una educación centrada en la sublimación sería, tal vez, su especificidad: mientras que la disciplina es general y anónima, explorar el arte y la ciencia implica un gusto personal y variante de persona a persona. Una sublimación primordial exitosa acontece cuando el medio se muestra favorable. Acaso la represión



sea un método más fácil ya que permite una suerte de condicionamiento pavloviano en la mente joven pero sus resultados, según se ve en la clínica, nunca son demasiado favorables. Para promover adultos de mentalidad más saludable, para generar una sociedad más crítica y despierta, la educación haría bien en actuar con más arte.

Este trabajo resulta incompleto sin adherirnos a investigadores pos freudianos. Referirnos a ellos hubiera superado las miras de este trabajo. Nuestro empeño se limitó a intentar categorizar y organizar lo dicho por Freud para luego esbozar algunas posibles líneas de pensamiento al respecto. Su escrito de metapsicología dedicado a la sublimación hubiera sido esclarecedor pero su destino, hasta hoy, sigue siendo incierto. Esperamos que este trabajo sirva como punto de apoyo para futuras investigaciones dedicadas a la sublimación.





Bibliografía.

- Freud, S. (1901[1905]): Volumen VII. *Fragmento de análisis de un caso de Histeria. Obras completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1905): Volumen VII: *Tres ensayos de Teoría Sexual. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S (1908): Volumen IX: *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. Obras completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979. □
- Freud, S. (1910a): Volumen XI: *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1910b): Volumen XI: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1910c): Volumen XII: *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S (1911): Volumen XII: *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Obras completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912a): Volumen XII: *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912b): Volumen XII: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1912c): Volumen XII: *Contribuciones para un debate sobre el onanismo. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1913a): Volumen XII: *La predisposición a la neurosis obsesiva. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1913b): Volumen XII: *El interés por el psicoanálisis. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1914a): Volumen XIV: *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1914b): Volumen XIV: *Introducción al narcisismo. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915a): Volumen XIV: *Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.



- Freud, S. (1915-7 {1916-7} b): 22 conferencia: *Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915-7 {1916-7} c): Volumen XVI: 23 conferencia: *Los caminos de formación de síntoma. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915-7 {1916-7} d): Volumen XVI: 28 conferencia: *La terapia analítica. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1915e): Volumen XIV: *Trabajos en metapsicología. Obras completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1917): Volumen XVII: *De la historia de una neurosis infantil. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1919): Volumen XVII: *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1920): Volumen XVIII: *Más allá del principio de Placer. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1921): Volumen XVIII: *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1922 {1921}): Volumen XVIII: *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1923 [1922] a): Volumen XVIII: *Dos artículos de enciclopedia: <Psicoanálisis> y <Teoría de la libido>. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1923b): Volumen XIX: *El Yo y el Ello. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1926 [1925]): Volumen XX: *Inhibición, síntoma y angustia. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1930 [1929]): Volumen XXI: *El malestar en la cultura. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1933a [1932]): Volumen XXII: 32 conferencia: *Angustia y vida pulsional. Obras Completas.* Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.



Freud, S. (1933b [1932]): Volumen XXII: 33 conferencia: *La feminidad. Obras Completas*. Buenos Aires/Barcelona. Ed. Amorrortu, 1979.

Freud, S. & W.C. Bullit (1966): *Thomas Woodrow Wilson: un estudio psicológico*. Ed. Letra Viva, 1973.

Bibliografía complementaria.

Karothy, Rolando: *Contexto en Psicoanálisis VII: la Sublimación*. Ed. Lazos, 2006.

Laplanche, J. & Pontalis JB (1967): *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires. Ed. Paidós, 1996.

Laplanche, J.: *Problemáticas III: La sublimación*. Buenos Aires. Ed. Amorrortu, 2002.

Jones, E. (1976): Vida y obra de Sigmund Freud. Tomo III. Ediciones Horme, Buenos Aires.

Lacan, J. (1951): *Intervención sobre la transferencia. Escritos I*. Ed. Siglo 21. Argentina. 2002.

Polzella, C; Figueredo (et.al) (2009). *Hospital de día. Abordaje interdisciplinario*. Buenos Aires. Ed. Letra Viva. 2009.

Lacan, J (1959) *La ética en el psicoanálisis*. Ed. Paidos. Buenos Aires. Argentina.



Nº CLASIFICACION:	ADQUISICION:
Nº INVENTARIO:	
R-0148	